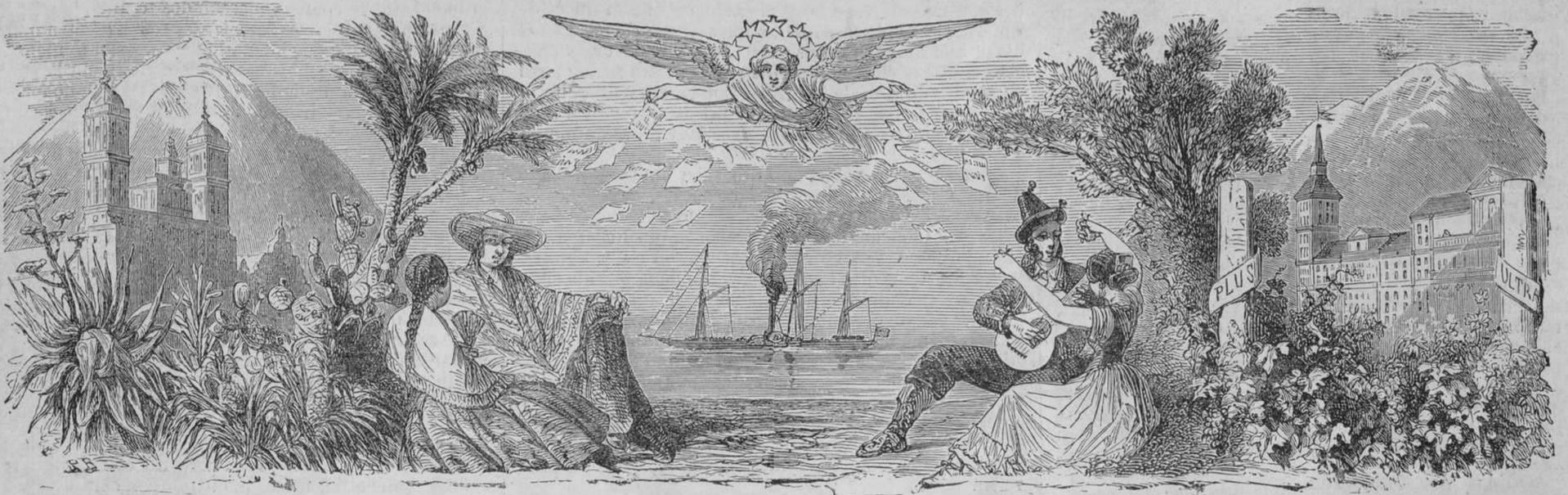


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1858. — TOMO XI.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 17. — N° 275.

Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en París.

SUMARIO.

Expedicion á la China; grabados. — **Revista española.** — **Teatro lírico. La Perle du Bresil;** grabado. — **Diversiones marítimas;** grabado. — **Los coolies indios en las colonias francesas;** grabados. — **Revista de París.** — **El poeta y el filósofo en la vida.** — **La embajada de Siam en París;** grabado. — **Dos monumentos chinos;** grabados. — **Una amistad á toda prueba.** — **Curiosidades inglesas;** grabados. — **Boletín científico.** — **Filosofía.** — **Lord Berby, jefe del nuevo gabinete inglés;** grabado.

Expedicion á la China.

EL GRAN TEMPLO DE MACAO.

A mediados del siglo XVI cuando los portugueses obtuvieron del soberano de la China el favor de fundar un

establecimiento en las costas del imperio al sur de Canton, la península de Macao no era mas que un peñón árido y desierto conocido únicamente de los pescadores de sus cercanías que acudían allí á buscar un abrigo contra la tempestad, ó para llevar ofrendas á una diosa patrona de los marinos, en cuyo honor se habia levantado un pequeño santuario.

Segun una tradicion muy antigua, acreditada en todo el litoral de la China, sucedió en el Tokien, no se sabe cuándo, que hallándose á punto de aparejar una flota numerosa armada, apareció á bordo de una embarcacion una dama ricamente vestida y de un aspecto majestuoso, y dijo á los marinos que no salieran del puerto, pues debia sobrevenir una borrasca terrible.

El grueso de la flota creyó en la prediccion y no se movió; solo un buquecillo se obstinó en salir, pero en breve llegó la borrasca y se perdió cuerpos y bienes.

Quando habia pasado el peligro la dama de la apari-

cion invitó á los marinos á darse á la vela, y quiso acompañarlos hasta el fin de su viaje.

La travesía fué buena; la flota llegó al sitio adonde iba, pero apenas se acercó á la tierra la dama misteriosa saltó entre los peñascos y desapareció súbitamente.

Todos la creyeron una diosa, y en agradecimiento por la proteccion visible que les habia acordado, la elevaron inmediatamente en el punto en que habia desaparecido un templo que fué llamado *A-ma-ko*, es decir, «Palacio de la diosa *A-ma*,» del nombre que ella misma se dió durante el viaje. De *Mako* los portugueses hicieron *Makao*, pues el templo en cuestion se hallaba situado en la extremidad occidental de la península donde habian plantado su bandera.

Durante muchos siglos ese lugar de parada de los navegantes devotos nada ofreció de monumental; pero cuando el desarrollo del comercio con los europeos llevó



Esplanada del gran templo de Macao.



El gran templo de Macao.

á Macao una numerosa poblacion china, los comerciantes hicieron una suscripcion, y á fines del reinado de Kang-hi, mandaron elevar la magnífica pagoda de que damos aquí dos dibujos copiados de los cartones de M. A. Borget.

El cuerpo principal de ese elegante santuario del paganismo se eleva á la orilla del mar, del que solo está separado por una esplanada semicircular de 30 á 40 metros de radio. Se encuentra orientado al Norte sobre el puerto interior de Macao, y la cabecera de su nave está pegada á unos peñascos sobrepuestos de un modo singular.

Se sube por una escalera de piedra, cuyas rampas tienen por adorno dos leones colocados allí para facilitar la evasión de los dioses débiles que otros dioses mas fuertes podrian querer destrozar en los mismos lugares que ocupan. Un arco de triunfo del estilo chino mas hermoso que se conoce corona el peristilo delante de la entrada.

Renunciamos á describir el interior del templo, la estatua colosal del ídolo de madera dorada, las muchas estatuillas de los dioses secundarios y de los héroes de madera pintada, los jarrones de perfumes, banderolas, tambores, linternas y otros mil objetos amontonados en el *santo lugar*. Preferimos dar la vuelta á la pagoda principal, y subir las hermosas avenidas que conducen á una porcion de capillitas, altares y grutas misteriosas que se ocultan entre los peñascos y bajo la densa sombra de esos grandes árboles seculares que se multiplican por sí mismos, gracias á las puntas de sus ramas colgantes.

Ninguna descripcion puede dar una idea del aspecto mágico de esas pagodas solitarias y silenciosas hábilmente esparcidas por los sitios mas encantados de la naturaleza. — Los recuerdos mas agradables de todo lo conocido son nada en comparacion de esa ermita china.

Desde su creacion el servicio religioso de la pagoda fué confiado á los bonzos que, gracias á la generosidad de los peregrinos, no tardaron en reunir un patrimonio suficiente para alimentar una comunidad muy numerosa. Pero el lujo de la vida produjo en breve la relajacion de las costumbres, y los bonzos promovieron tales escándalos, que la autoridad china tuvo que tomar cartas en el asunto.

Quitaron pues á los budhistas el servicio de la pagoda y se confió á los religiosos Tao-se, que muchas veces por dia cantan allí las alabanzas de la Razon suprema, lo que no les impide prestarse á las ceremonias del culto búdico cuando se trata de recibir ricas ofrendas.

Los visitantes son generalmente bien recibidos por el superior de la pagoda, que hasta les convida á refrescar; pero estas muestras de urbanidad concluyen con la presentacion de un registro donde se consigna la cantidad que cada viajero entrega para subvenir á los gastos de la gran fiesta que se hace todos los años en la esplanada del templo.

Todas las pagodas donde se reune cierta suma, celebran al menos una vez por año una fiesta medio religiosa y medio profana, de la cual la parte que tiene mas atractivo para los fieles consiste en una funcion teatral que dura muchos dias consecutivos.

En Macao, los Tao-se dan á esta fiesta un brillo extraordinario. Alzan sobre la esplanada delante de su bonita pagoda un teatro provisional de esteras y cañas de bambu, donde ejecutan los principales dramas del repertorio chino los cómicos de mas nombradía que son llamados del interior, ocasionando grandes gastos; los músicos de la provincia forman una orquesta á su manera, y allí sin pagar nada el pueblo puede saciar su afición teatral á cualquiera hora del dia ó de la noche, pues la compañía trabaja casi sin interrupcion durante tres ó cuatro dias, tomando apenas algunas horas de un descanso indispensable para no caer de fatiga sobre la escena.

J. M. C.

Revista Española.

Diálogo gatuno. — San Blas. — Las máscaras en la calle y en los bailes. — La lluvia y el carnaval. — La ceniza y la piñata. — Teatros. — Antaño y hogaño. — Entre el cielo y la tierra. — Una tempestad en América, fantasía instrumental. — Por conquista. — La Guy Stephan y la Nena. — *Variedades* en francés. — Circo de Paul. — La fantasma de las montañas. — Los Hugonotes en el Teatro Real. — El alcalde proveedor. — Viaje de SS. AA. los duques de Montpensier. — Fin.

Contemplando estaba yo la otra noche el espacioso y chato rostro de la luna desde un mirador, que á mazera de sombrero lleva encima la casa de un amigo mio, cuando brincando sobre las tejas vi acercarse dos bigotudos gatos con ojos relucientes y colas esponjadas. Era el uno de ellos negro por entero y matizado el otro de caprichosos remiendos, y despues de saludarse, como entre *micifuzes* de buen tono se acostumbra, entablaron un largo diálogo en gatuno idioma que yo pude entender completamente, gracias á mis conocimientos en las lenguas sábias.

Con estas ó semejantes palabras referia el negro sus memorias: « Ya sabes, queridísimo amigo, que el mes de enero es fatal para nosotros por los efectos que producen en nuestra dentadura sus amorosas auras; pues bien, atacadas mis muelas con uno de estos males salíme de casa en la postrera noche del mes de enero á dar

á los cefiros del tejado mis maullos, ardientemente contestados por todas las *mininas* del distrito, cuando yéndome un pié, vine dando tumbos en el aire á meter á un transeunte el sombrero hasta los ojos. Valíome no poco nuestro privilegio de tener siete vidas, pues echando á correr escapéme de mis enemigos sin parar hasta la ideal, ó sea no existente, muralla del paseo de Atocha. ¡Qué dia tan entretenido fué para mí el tres de febrero despues de pasar el uno y el dos oculto en el hueco de un árbol! Allí observé que algunas gentes celebraban el dia de *San Blas* con duros *panecillos*, resto del *buffet* ofrecido el diez y siete de enero en loor de san Anton; allí en los alrededores de la ermita donde se rinde culto al patron de la garganta, admiré preciosas esculturas de lodo, hechas con los piés para ser destruidas en manos de los niños.

Cuando ya la noche se embozaba en su estrellado manto fuíme saliendo de mi escondite, y despues de correr varias calles, tomé por refugio una tienda toda cubierta al rededor de lujosos trajes en que lucian á puñados el oro y la plata. Allí me acogieron amistosamente, y á los pocos dias hecho individuo de la familia supe que tan espléndidas galas estaban á la disposicion del público por una pequeña cantidad. Entonces tuve noticias de lo que llaman baile de máscaras; inocente regocijo cuyo chiste se reduce á que la mitad de la concurrencia, tapándose la cara con otra de carton, adivine el nombre de los que no llevan vestido el *coram vobis*, y recuerde á cada quisque sus pecadillos, cosas por cierto, como comprendes, que solamente pueden divertir á los hombres, que son los animales mas simples del universo.

Y no te puedes figurar cuántas ninfas de aguja, cuántas doncellas de labor acudian á buscar las susodichas vestimentas para engalanar con ellas una noche su gracioso talle. Esta referia como de paso lo escogido de la sociedad que poblaba el sábado anterior los salones de *Capellanes*, preciosa academia de polcas íntimas y rigodones á la *alta escuela*; aquella ponderaba lo mucho que se habia divertido el juéves en *Lope de Vega*, que es un teatro cesante, hecho local de baile en *comision*: una sacaba del bolsillo manojos de billetes para cien sociedades danzantes, otra hacia el juicio crítico, ó sea la historia filosófica de sus conquistas en tan alegre temporada; y no se hablaba en fin de otra cosa entre aquella gente. Allí pues escuché leer, adornadas de comentarios, las descripciones que hacian los periódicos de los bailes dados en el Teatro Real, en el de la Zarzuela y en una multitud de casas particulares; tantas noticias llegaban á mí de brinco y cabriolas, que te confieso que tuve miedo de ver al mundo caerse de sus ejes como se cae una jaula de codorniz de la escarpia en que la cuelgan, cuando el avecilla prisionera brinca y se da coscorrones en el techo de su estrecha cárcel.

Tambien yo, exclamé entonces el otro gato que oia en silencio á su compañero, sentado gravemente sobre la sola; tambien yo he tenido conocimiento de tantos regocijos por la tertulia de mis amos, á la cual asisto de ordinario sobre la falda de la señorita, y por cierto que los mas respetables concurrentes aseguran que la afición á las máscaras se va desnaturalizando de dia en dia. A no ser en los bailes dados en el Teatro Real por las señoras á beneficio de los pobres, la parte femenina se compone en todos casi exclusivamente de las mismas damas que pueblan en el resto del año los ámbitos del *Ariel*, la *Camelia* y *Capellanes*, con mas alguna que otra cocinera franca de servicio. Obsérvase tambien, al decir de aquellos señores, que los bailes mas decentitos llevan este nombre como pudieran llevar otro cualquiera, porque en ellos no se baila, reduciéndose la diversion á dar paseos, oír gritos y aburrirse. Notaba igualmente un caballero, algo entrado en años, que en su tiempo los hombres tenían el valor suficiente para vestirse de moros, ó de cualquier otra cosa, y estarse toda la noche con la cara tapada á trueque de hablar media docena de simplezas, que lo mismo pudieran decirse á cara descubierta. Las mujeres, añadía luego, hasta hace pocos años tenían á gala el lucir trajes caprichosos; hoy un dominó negro y un vestido idem son el disfraz mas socorrido, y al mismo tiempo el mas elegante; tal era el paralelo entre los bailes de antaño y los de hogaño que hacian mis tertuliantes.

Lo mismo observaban en mi casa, continuó el primer *Micifuz*; y con tan agradables pasatiempos fuimos llegando al carnaval. Ya me lo anunciaban el carbonero de enfrente y el memorialista que escribia en el portal, al lado, clavando en el suelo una peseta falsa y tocando cuatro ó seis descornuales cerceros cada vez que algun infeliz pretendia levantarla de la acera. A los gritos de tales gahnápiros uníanse los de una horda de chiquillos, ocupados inocentemente en poner mazas á todas las mujeres que pasaban por la calle; y varios carniceros y maragatos de una plazuela próxima aplaudian tantas gracias con feroces aullidos. Llegó al cabo el domingo, y desde las primeras horas de la mañana los ecos de la jota y de cierta cancion ultramarina, nacida en el escenario de la Zarzuela, y mas extendida en la corte que el lodo en el invierno y el polvo en el verano, empezaron á resonar por calles y plazuelas sacando espectadores á los balcones.

Las nubes que con el mayor disimulo habian estado los dias precedentes haciendo acopio de agua, derramaron tanta el sábado sobre la tierra, que Madrid quedó convertido en parodia de Venecia. A pesar de esto, ¿quién seria capaz de hacer la estadística de las comparsas musicales que corrian de una parte á otra con el lodo hasta la rodilla? Y has de saber que no vi gran variedad en los disfraces de semejantes *artistas*. Estos

vestian de azul, aquellos de amarillo, unos de color de rosa y otros de morado, pero todos llevaban trajes de percalina y gorras negras con sendas plumas, que al mecerse en alas del viento decian sin hablar: « por ser adornos de estas cabezas hemos dejado calvo un plumero y cubiertos de polvo los muebles de una casa de lruéspedes. » Años hace, los arrees de estudiante, ó sea el tricordio en forma de empanada y el manteo mugriento, eran el traje de cuantos mascarados tocando la guitarra y asustando á nuestros semejantes se lanzaban á molestar á los madrileños pidiendo cuartos. Así á lo menos lo dijeron mis amos; hoy variada por completo la condicion de los alumnos de las universidades que no forman ya un tipo especial, nadie piensa en recordar costumbres históricas, siendo contadas por lo tanto las cuadrillas que se presentan al público con semejante forma.

Todo esto observaba yo desde la puerta de la tienda, y por la tarde divertíame no poco al ver la multitud de gentes de buen humor que se encaminaban al Prado con el *coram vobis* cubierto. ¡ Pobres de las señoras que tienen algun hijo ó hermano aficionado á disfrazarse de mejiganga! Sus mejores vestidos, sus mas bordadas enaguas, saldrán á la vergüenza en tales dias, porque el señorito quiere embromar á sus amigos y á los que no lo sean sin que le conozcan, y necesita para ello presentarse con lujo. ¡ Cómo habia de encaramarse en el estribo de un coche sin ser ridículamente espléndido! ¡ Pobre juventud, con qué poco se divierte! Muchacho me enseñaron aquellas tardes que sufrió el tormento de llevar careta y enaguas y gorra y miríaque solo por tener el gusto de subir á un pescante con el cochero y hablar desde allí á fulanita, cuando con cara descubierta podia ocupar un asiento en la carretela.

En la mañana del *miércoles de ceniza* varié nuevamente de vida. Un tabernero de las afueras echándome la mano encima en el momento de asomar el hocico á la via pública algo mas de lo regular, me llevó cariñosamente en brazos á su casa, colocada en las pintorescas alamedas que conducen al canal de Manzanares. Tenia el pensamiento, segun le escuché decir, de venderme guisado bajo el seudónimo de conejo, destinando mi piel á las manguiterías de la calle Mayor, donde podrian convertirla en armiño ó en chinchilla. Salióme mal sin embargo su proyecto, porque yo di á correr por aquellos campos, viendo por esta circunstancia la funcion popular que se llama: *Entierro de la sardina*.

Esa, dijo el otro gato, es una de las que se van perdiendo, en concepto de mis tertuliantes, *in illo tempore* divertíase cierta clase de gente el *miércoles de ceniza* en mantener un muñeco de trapos, quemándole despues por fin de fiesta; luego empezó la costumbre de bajar en romería á la Pradera del Canal, emborracharse en ella, y remedar el acompañamiento y las solemnidades de un entierro; y en el dia se puede asegurar que los de carnavales son cuatro exactamente iguales, porque los moros, las vestales y los marineros que en familia y sin hablar una palabra se dirigen camino del rio á celebrar el funeral de la sardina con vino y escabeche, pertenecen exclusivamente á la clase pobre, y los *amateurs* del Prado se quedan dando vueltas en el mismo como las tardes anteriores.

Tienes razon, amigo mio; mas oye el resto de mis aventuras. Aquella noche, entrando de nuevo en Madrid, me colé por la reja de una cueva donde un tocinerio guardaba chorizos, jamones y otras frioleras. Como creo firmemente que la propiedad es un robo, y que todos los bienes son comunes, saqué la tripa de mal año, y me acurruqué á dormir en un rinconcillo. De allí á poco despertéme una gran algarabía y me encontré presenciando, sin ser visto, un *meeting* de ratas y ratones. Lamentábanse de la naciente cuaresma, que empezaba á llenar las casas de provisiones poco sustanciosas, y proponíanse no perder el baile de piñata que es, decian ellos, una próroga del carnaval celebrada el primer domingo despues de este. Pasando despues á tratar de cosas indiferentes, pusieron á hablar de las funciones de teatros. Yo, exclamé uno aguzando el hociquillo, asisto como abonado al Circo, donde este mes han estado muy abundantes los espectadores, pero escasísimos los estrenos. Una sola novedad he visto en aquel escenario, y esa de muy poca importancia literaria. Llábase *Antaño y hogaño*, aunque lo mismo pudiera llamarse de otro cualquier modo. Su objeto y su fin moral, ya que ahora todos los dramas deben tenerle, son proporcionar ocasion á la hija del bolero Ruiz para lucir sus gracias bailando y representando. Es por consiguiente una segunda edicion de la *pieccecita* del mismo autor, don Pedro Niceto Sobrado, que tiene por nombre el de la ya célebre bailarina, *Concha*.

Así habló el ratoncillo, y siguiendo en el uso de la palabra una rata, que entraba como Pedro por su casa en el teatro de Novedades, empezó á extractar lo que los críticos habian dicho delante de ella del drama *Entre el cielo y la tierra*, original del fecundo novelista don Manuel Fernandez y Gonzalez. Empezó diciendo que estaba fundado en una tradicion religiosa conservada poéticamente en el romancero y en forma de novela por el doctor don Gaspar Lozano Montesinos en su libro: *Solitudes de la vida y desengaños del mundo*, y continuó soltando todas las ideas que yo voy á explanarte, amigo mio, como de cosecha propia. Hé aquí pues la leyenda: Un jóven cordobés, de nombre Lisardo, enviado por su padre á cursar leyes en Salamanca, se enamora en esta ciudad de cierta dama, no menos gallarda que virtuosa. Llamábase Teodora, y era hermana de Claudio, estudiante tambien, y el mas íntimo entre los amigos de Lisardo. En vano procuró este hacer entender su amor á la hermosa doncella, hasta que introducido en su cuar-

to por una criada, soltó su declaración en toda forma, recibiendo soberanas calabazas de la bella, que por vocación estaba decidida á entrar en un convento. Al escaparse por el jardín el enamorado mozo, llévale un hombre so pretexto de reñir á las afueras de la ciudad, y diciendo :

Con voz profunda y sentida :
«Aquí han de matar un hombre :»
Lisardo, enmienda tu vida,
Repara bien lo que haces,
Y no vivas tan aprisa.

desaparece como sombra vana dejándole turbado y arrepentido. Però Teodora tiene la debilidad de llamarle por medio de una carta á los cuatro meses de ser monja, invitándole á sacarla del claustro y huir juntos á lejanas tierras. Lisardo cede á la tentación como cedia en un momento de ceguedad la desventurada Teodora; dirígese al monasterio y encuentra un entierro en el camino :

Encúbrese en un portal,
Y ve pasar en dos líneas
Un grande acompañamiento
De eclesiásticos, que iban
Puestos de sobrepellices
Con sus hachas encendidas,
Con su cruz y manga negra
Delante, y no conocía
A ninguno, con ir tantos
De facciones tan distintas.
Ve á la postre que llevaban
Entre cuatro ; qué fatiga !
A un difunto en un pavés
O féretro, y cubierto iba
Con una bayeta negra
Que detrás triste seguía.

éntrese tras ellos en la iglesia ; oye aterrado las oraciones fúnebres, y preguntando á uno de los cantores quién era el muerto, responde aquel :

« Es Lisardo el estudiante
De quien podreis dar noticia
Vos como que sois el mismo. »

y como el escolar quisiera convencerle de que aun vivía, añade el músico :

..... Caballero,
Cuantos están á tu vista
Son almas del purgatorio,
Que ayudadas y asistidas
De la oración y limosna
De Lisardo, agradecidas
Hemos venido á enterrarle
Y á corresponder benignas
Pidiendo á Dios por su alma,
Que de presente se mira
En duda de salvación
Y en grande riesgo metida.

Ya no hay duda : Lisardo, que ha oído poco antes ruido de espadas y gritos de « si es Lisardo matadle, » y una voz que exclamó : « ¡ Ay que me han muerto ! » comprende perfectamente las divinas amenazas,

A pasar en penitencia
Lo restante de mi vida.

Hé aquí la tradición, gatuno y amable colega mio ; el señor Fernandez y Gonzalez la ha alterado en varios puntos, y según los críticos no siempre con fortuna. En primer lugar Teodora, ó sea Lindora, como se nombra en el drama, no se destina al claustro por vocación, sino por voto de su madre ; Lisardo, á quien se llama Lotario, no estudia leyes sino teología, es decir, una ciencia que le encamina también á la vida religiosa, por lo cual es mayor su delito ; luego el galán y la dama no son tan interesantes á los ojos del espectador como en el romance ; aquel Lisardo que al saber que su amada está próxima á consagrar á Dios su existencia, se aleja de ella reprimiendo su pasión, será siempre una figura mas noble que el Lotario que mata á un hombre alevosamente, y que desde el acto primero en vez de desechar su amor procura alentar el de la Lindora, haciéndole ver que no ha nacido para el claustro :

¡ Ah ! ; no teneis vocación !
En vuestros ojos, radiante
Lucir he visto un instante
El fuego del corazón.

Teodora es una doncella

De virtudes tan crecidas,
Discreción tan recatada,
Que de sus ojos las niñas

Jamás levantó del suelo
Siempre de Dios asistida.

Lindora resulta por el contrario varonil, acaso en demasía ; apenas se comprende en una mujer la frescura con que al ver dentro de su casa un hombre atravesado de una estocada, le encomienda á los criados diciendo :

Tristan, socorred, si es dable,
Al Comendador ; si ha muerto,
En las cuevas enterradle ;
Y vos entre tanto, dueña,
Lavad, lavad esa sangre.

Y abandona en seguida el hogar doméstico aconsejando á su hermano de esta suerte :

¡ Quien honra no tiene,
Del mundo debe ocultarse !
¡ Tú á la guerra ! ; yo al convento !
¡ Vamos !... y ¡ Dios nos ampare !

Lindora procurando vencer sus pasiones con la oración y la penitencia, hubiera sido mas interesante al espectador que lo es envenenándose poco antes de profesar como religiosa y teniendo valor para exclamar :

La horrible defensa sola
Es aquesta que me queda.
Vencer el amor no pueda
A quien infeliz se inmola.
Arde mi cabeza ; arde
Mi corazón desdichado ;
Para un amor alentado,
Para su deber cobarde.

El señor Fernandez y Gonzalez, siguió diciendo la rata sábia, ha variado el desenlace de la tradición, de lo que no parecen muy satisfechos los inteligentes. Según ellos, no se comprende qué cosa se ha propuesto demostrar el autor casando á Lotario y Lindora, en vez de castigarlos fuertemente, como requería su delito, á no ser que en el genio de ambos amantes haya creído el poeta, como Quevedo, que es el matrimonio un verdadero castigo.

A los hombres que están desesperados
Casarlos en lugar de darles sogas,
Morirán poco menos que ahorcados.

El aparato de un entierro, la horrenda situación de Lisardo que ve su cadáver, que oye el oficio de difuntos en sufragio de su alma, cuando ardiendo en amores iba á cometer un crimen, hubieran conmovido al auditorio mas digna y ejemplarmente que el fingido envenenamiento de Lindora, la dispensa de su voto dada por el papa y el matrimonio de los dos amantes con que termina el drama.

Hay además en este demasiado alarde de civismo, escenas lánguidas y otros defectos, que prueban sin embargo el ingenio del señor Fernandez y Gonzalez y su pasmosa fecundidad. Los críticos esperan tener ocasión nueva de aplaudirle en la escena, para la cual ha demostrado notable disposición.

Los abonados al Coliseo de la Cruz ó sea de la Princesa, dijo otro de los interlocutores, no hemos tenido la suerte de oír aplausos, ni la de ver ocupados los asientos. *El Alcalde proveedor*, entretenimiento lírico-dramático en tres actos, única novedad que se ha presentado por allí, solamente pudo andar una noche sobre las tablas y aun esa no muy desembarazadamente. Por lo cual yo he trasladado mi abono á la Zarzuela que tampoco está muy lucida en cuanto á concurrencia y á estrenos. Allí he visto una nueva, escrita por el señor Camprodon, y puesta en música por el señor Barbieri, que ha dado gusto al público por ser ligerita y agradable. Llamase *Por conquista*, y su argumento, si no tiene novedad, es entretenido y da de sí escenas y situaciones de broma.

Este juguete pues, y la fantasía instrumental de don Carlos Llorens, con letra de don Marcos Gonzalez, titulada *Una tempestad en América*, son las dos novedades que he tenido ocasión de escuchar en el templo de la lírica española. Para acabar con febrero dignamente nos han ofrecido hacer esta noche otra nueva versión del señor don Ventura de la Vega. Si nos reunimos en el mes que viene, os dire el éxito que alcanza *le Cheval de bronze* al convertirse en el *Planeta Venus*, que tal es el título con que se anuncia en los carteles.

Mas que todas esas cosas, oí decir entonces á otro raton provecto y encanecido, que se dejó cierto día el rabo enganchado en una ratonera por huir de la muerte ; mas que todas esas cosas me agrada á mí el baile. ¡ Qué tiempos aquellos en que Madrid entero se dedicaba á romper guantes aplaudiendo á competencia las monadas y los brinco de tres ó cuatro bailarinas distinguidas ! Por desgracia acabóse tan inocente afición, y en vano con la presencia de la Guy Stephan y de la Nena se ha pretendido renovarla. Recibe la última una ovación, como ahora se dice, cada noche que se presenta en Novedades, y fué la primera saludada con estrepitoso

palmoteo á su aparición en el Príncipe, pero el entusiasmo que excita aquella es muy juicioso, y esta no ha logrado rejuvenecer el teatro que la contrató, y que después de muerto hizo la calaverada de resucitar por tres noches como broma de carnaval.

Yo no entiendo el francés, prorrumpió otro ratonzuelo, pero me he instalado en Variedades, donde se habla en aquella lengua, y me he divertido mucho porque va gente elegante y se ha hecho aquello de moda. No me preguntéis si la compañía es buena y si las piezas que representan tienen gracia, porque para mí es griego cuanto hablan aquellos actores. Sin embargo, ahí teneis una lista de las comedias puestas en escena en febrero, casi todas en un acto, en lo cual están muy acertados los empresarios. — *Croque poule*. — *Brelan de troupiers*. — *Le bal du prisonnier*. — *La fille de ma portière*. — *Les lanciers*. — *La partie de piquet*. — *Le piano de Berthe*. — *Le lait d'ânesse*. — *Léonide ou la vieille de Surenne* (en 3 actos). — *Le baiser de l'étrier*. — *Le camp des révoltés*. — *La petite Fadete* (2 actos). — *La fille de Dominique*.

Los que concurrimos al Circo de Paul, vemos estas noches mas gente de la que allí se suele ver. *La fantasma de las montañas*, pantomima con acompañamiento de saltos, carreras de caballos, combates y fuegos de pólvora, ha hecho gracia y da algunas entradas extraordinarias.

Una rata filarmónica empezaba á disertar después de esto sobre los *Hugonotes*. Decía que en el Teatro Real se han puesto en escena con lujo ; que las decoraciones pintadas por Augusto Ferri son notables, y que han tomado parte en la ejecución todos los cantantes de primer orden con que cuenta el regio coliseo, y pensaba seguir haciendo la crítica de la famosa ópera de Mayerber y de su música filosófica, como llaman ahora los diletantes á los sonos que no entienden, cuando, abriéndose la puerta de la cueva, cada raton se escapó por su lado, y yo escurriéndome por entre las piernas del hombre que habia puesto fin á la sesión, subí la escalera sin parar hasta el piso principal. Allí habia una redacción de periódico, y estaban en la antesala corrigiendo pruebas de la Revista de provincias. Supe entonces que el carnaval se habia celebrado en todas partes con alegría y paz, aunque en medio de lodos y de lluvia como en Madrid, distinguiéndose las mascaradas que según costumbre de todos los años habian salido por las calles de Barcelona con lujosos trajes, porque sin duda la ciudad de los condes tiene por diversion el pasear con vestido de gala.

Leyeron después varias noticias sobre el regreso de SS. AA. los duques de Montpensier de Sevilla. Despidieron en el embarcadero del ferro-carril el rey y la reina, y después de un viaje feliz entraron en Sevilla el domingo de carnaval. La tropa cubría la carrera y todas las autoridades habian salido á esperar á SS. AA. que después de orar en la catedral, presenciaron el desfile de los soldados en columna de honor desde un balcón del palacio de San Telmo.

Acabaron de leer después de esto, y yo subiendo de dos en dos los escalones, me planté en las guardillas y de estas en el tejado donde tuve el gusto de encontrarte. »

Aquí llegaban los gatos, cuando yo conociendo que era tiempo de hacer mi Revista, puse en el papel para que sirviese de tal el coloquio que antecede.

José GONZALEZ DE TEJADA.

Teatro Lírico.

LA PERLE DU BRÉSIL, ópera en 3 actos por M. T. David.

La Perla del Brasil, que se está ejecutando ahora en el Teatro Lírico de París, se estrenó en 1851 con bastante éxito. — *La Perla* es una jóven hallada por los portugueses en medio de una selva virgen. El corsario Juan llevó su captura á Lisboa, donde la dió una excelente educación ; Juan llegó á ser almirante y quiere casarse con Zora. Pero Zora ama en secreto á Lorenzo, un jóven capitán de infantería. El embajador de Suecia quiere robar la niña, que es salvada por Lorenzo. El almirante embarca entonces con él á su pupila, y Lorenzo se engancha de marinero por ir con ella.

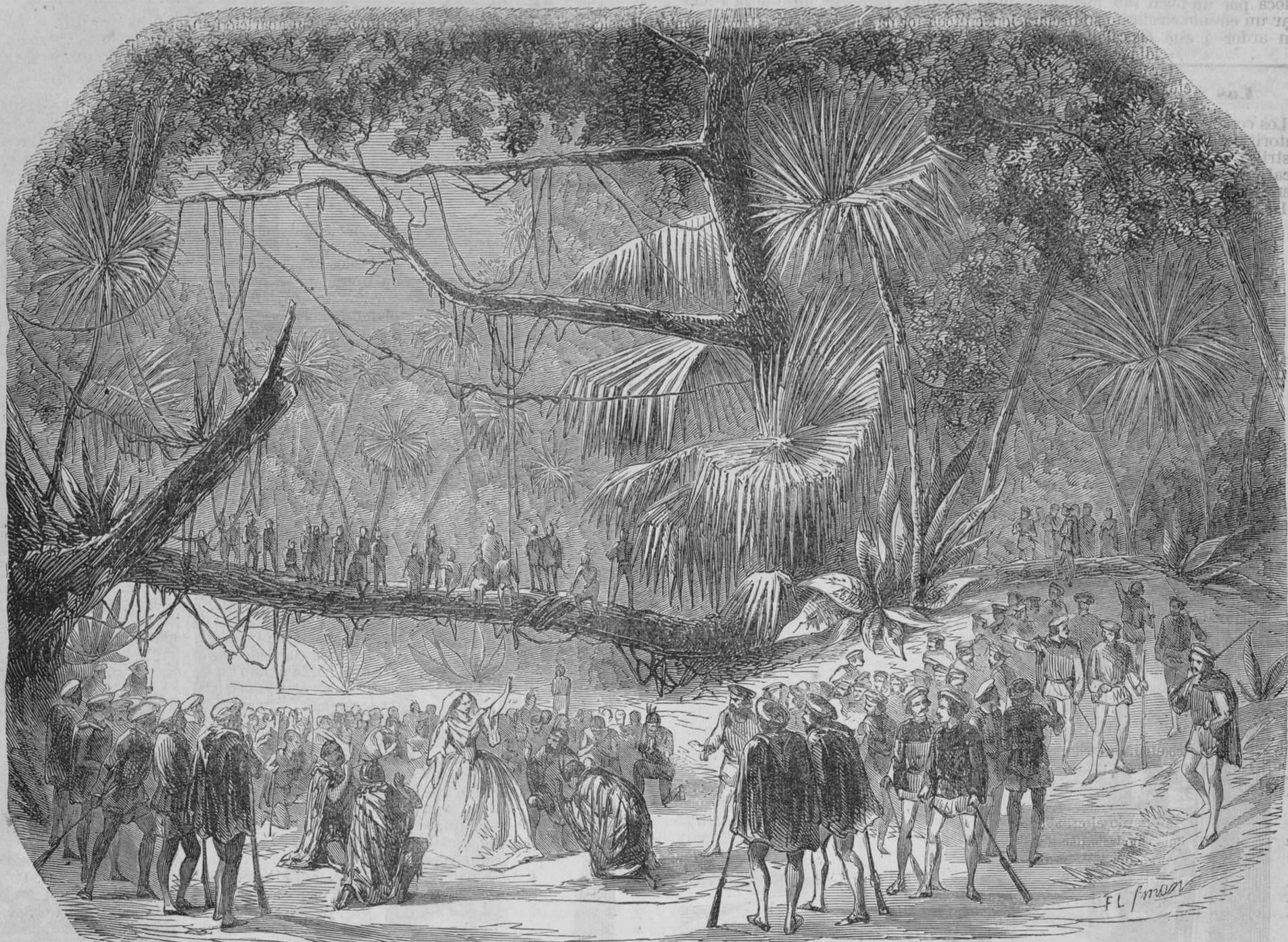
El segundo acto pasa á bordo ; Lorenzo dirige á Zora muchos billetes amorosos ; el almirante sorprende uno de ellos, y el mozalvete podria pasarlo mal si no sucediera que el almirante estuvo en peligro de ahogarse y debió su salvación á Lorenzo.

La decoración del tercer acto representa una selva virgen admirable ; es la naturaleza tropical en toda su fecundidad y su grandeza, como se puede ver en el dibujo que acompaña. Allí los portugueses riñen con los salvajes, que acuden en crecido número, los envuelven y van á exterminarlos cuando Zora los apacigua cantando su canción favorita :

Entendez-vous la voix
Du grand esprit des bois ?

Ya sabe que esa gente se calma súbitamente aun en medio de sus iras cuando oye ese canto. Se hace pues la paz, y Zora se casa con Lorenzo.

La balada de este desenlace es original y armoniosa. Otra pieza que vale tanto como esta es aquella en que

Teatro Lírico. — *La Petite du Brésil*, decoración del tercer acto.

Zora reconoce los lugares en donde ha nacido, los árboles, las flores, los pájaros que vió en su infancia; es un canto digno de un gran maestro.

El dueto de Lorenzo con Zora está lleno de ternura y de encanto. La romanza de Lorenzo y el aria del almirante acompañada por el coro, son composiciones muy notables. También M. David ha escrito con gran energía un hermoso coro en el acto tercero, que el público aplaude con ardor. El final del segundo acto concluye con un gran coro que quiere pintar la borrasca; aquí el compositor no ha estado muy dichoso, á nuestro juicio. La

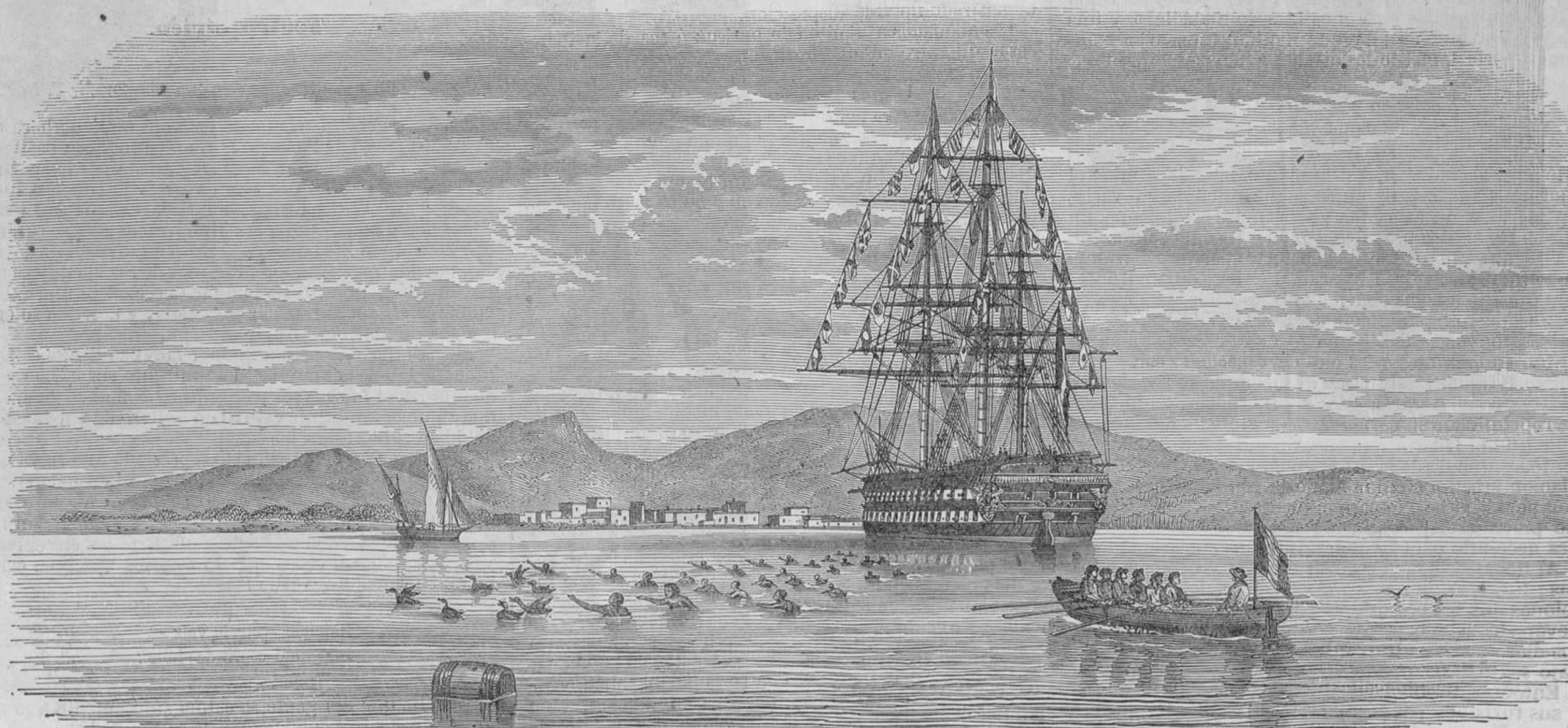
pequeña sinfonía que sirve de introducción al acto tercero nos parece preferible. De todos modos reina en el conjunto de esta ópera, así como en la mayor parte de las composiciones de M. David, cierta monotonía y no sé qué languidez que neutraliza un poco el efecto de sus inspiraciones.

Madama Carvalho canta el papel de Zora con mucha distinción, así como M. Michot el de Lorenzo. Otro tanto se podría decir de M. Balanqué si no estropeará muy á menudo su bonita voz con los esfuerzos que hace por aumentar su volumen.

Diversiones marítimas.

LA PESCA DE ÁNADES.

A bordo de los buques del Estado la disciplina no permite, ni aun en las radas, el dar una gran libertad á las tripulaciones. Pero si los marinos se hallan privados de los regocijos terrestres, saben inventar compensaciones. El dibujo que aquí publicamos representa uno de los mil juegos que ponen en acción: consiste en coger nadando las ánades que arrojan para ese fin al agua. La



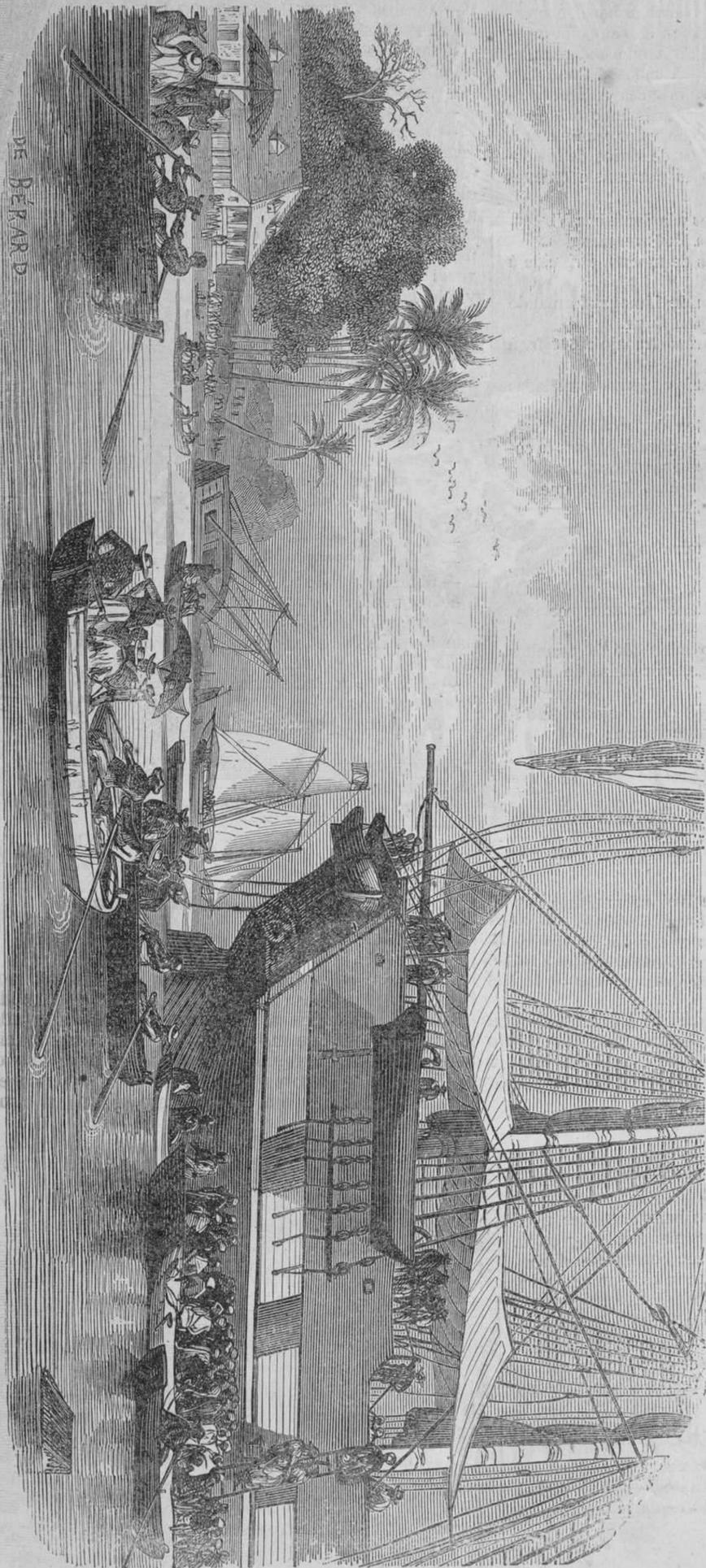
Diversiones marítimas. — La pesca de ánades.

habilidad de esos animales en dirigirse por un elemento que les es familiar, les coloca por un buen rato fuera de la linea enemiga, pero esta linea llega á formar un círculo en el cual son cogidos infaliblemente. Los marineros se entregan con ardor á este ejercicio saludable.

Los « coolies » indios en las colonias francesas.

Los coolies trabajadores se reclutan en la costa de la India por una compañía autorizada para ello por el gobierno francés. De allí se llevan á las Antillas y se distribuyen entre los colonos que previamente los tienen pedidos al gobierno local. Ellos deben reemplazar el vacío producido entre los trabajadores pertenecientes á la raza de los negros.

De este modo se ha ido renovando desde 1848 en la isla de la Reunion la po-



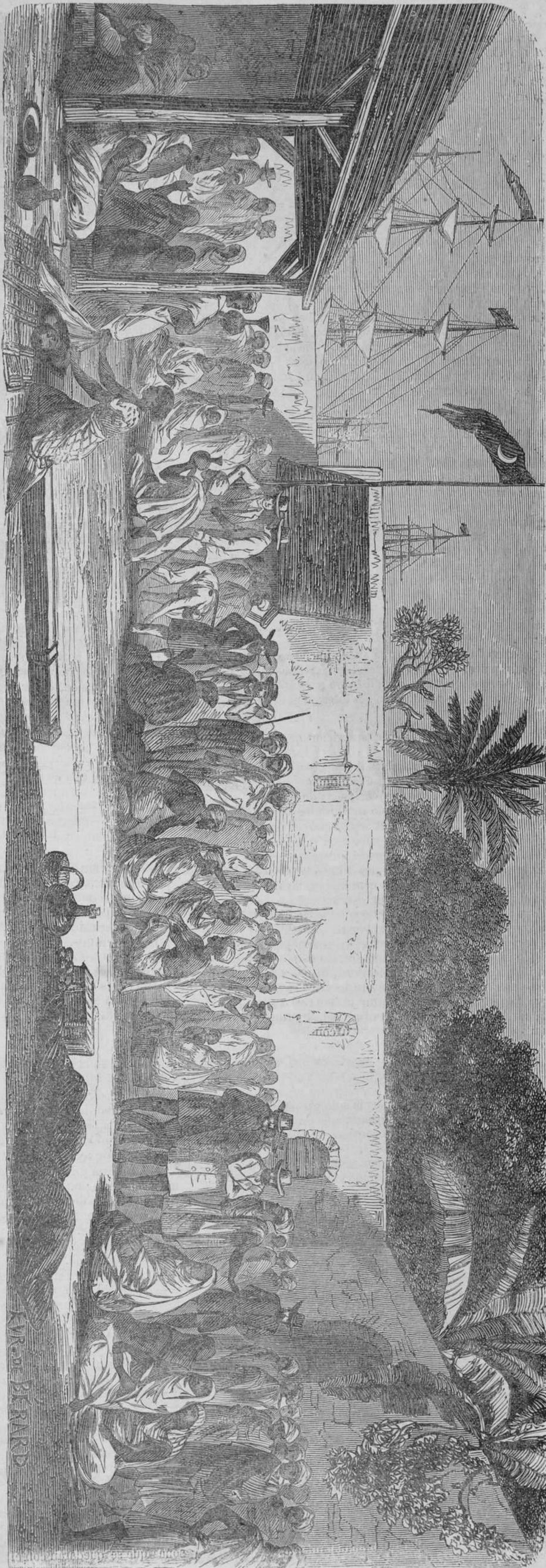
DE BÉCARD

Llegada á la Guadalupe de los coolies trabajadores ajustados para las Antillas francesas.

blacion laboriosa de los campos. Las Antillas francesas mas lejanas que no tienen para hacerse con indios mas que los recursos limitados de una casa de comercio privilegiada, no podrian de aquí á mucho tiempo obtener el número de coolies necesario para las necesidades urgentes de la agricultura.

Al llegar á la rada reciben muchas visitas de amigos ó de personas interesadas; luego los llevan á un vasto local donde residen pocos dias no mas, pues los colonos que se apresuraron á ser los primeros en la isla de los dichosos, acuden á llevárselos lo mas pronto posible. De allí pasan á las haciendas, y al cabo de pocos dias se encuentran iniciados en las ocupaciones de los campos donde su trabajo seguido reemplaza ventajosamente el de los negros.

Entonces cambian sus pintorescos vestidos de muselina por el feo traje europeo, y sus turbantes por el sombrero de paja hasta que concluye su ajuste, que es de cinco años; pasado este tiempo hay la obligacion de volverlos á llevar á su patria.



Campamento de los coolies trabajadores antes de su marcha á las haciendas.

DE BÉCARD

Revista de París.

Ya es conocida en toda la Francia la triste situación en que se encuentra M. de Lamartine, y las simpatías del público se van manifestando ya por todas partes. A pesar del enorme trabajo literario que el ilustre poeta se ha impuesto en estos años últimos, las cargas que le abrumaban le hacen sucumbir bajo su peso. Todo cuanto tenía está perdido, y la venta de sus propiedades apenas dará el producto suficiente para cubrir las obligaciones contraídas. ¡Quién sabe si la pluma fecunda y brillante que ha dado al mundo tantas obras maestras se perderá también en este naufragio fatal de toda una fortuna!

Tan dolorosa situación ha conmovido profundamente el ánimo de los conciudadanos de M. de Lamartine, y una diputación elegida por ellos ha venido á París á fin de obtener del gobierno la competente licencia para abrir una suscripción pública. A la cabeza de esta diputación figuraba el cura de la parroquia en donde está situada la residencia de M. de Lamartine, como el representante más natural de la gratitud de los pobres abundantemente socorridos en todos tiempos por la caridad inagotable del poeta.

La diputación recibió la acogida más benévola por parte del señor ministro del Interior, quien prometió transmitir sin tardanza al emperador el laudable deseo de que se había hecho intérprete. Con efecto, aquel mismo día el general Espinasse dirigía á los conciudadanos de M. de Lamartine la carta que á continuación reproducimos:

«París 28 de marzo de 1858.

» Señores: he tenido el honor de comunicar al emperador el objeto de la visita que ayer me hicisteis. S. M. se ha enterado profundamente al saber la situación en que se halla M. de Lamartine, estando en la firme persuasión de que es para la Francia un punto de honra el no permitir que esa situación se agrave prolongándose. Ninguno de nosotros puede permanecer indiferente cuando se trata de hacer algo en favor de una de las más altas ilustraciones literarias de nuestro tiempo, y el emperador sabe apreciar mejor que nadie todos los títulos de vuestro glorioso compatriota. El príncipe que lucha hace diez años contra los excesos de la demagogia, no olvida y no olvidará nunca los servicios prestados por M. de Lamartine á la causa sagrada del orden en 1848, ni todas las miserias y vergüenzas que evitó á la Francia su generosa energía.

» Autorizo la suscripción cuya noble iniciativa habeis tomado, y con placer os anuncio que el emperador quiere que su nombre figure el primero en la lista de suscripciones.

» Recibid, etc. — El ministro del Interior y de la seguridad general — ESPINASSE.»

Ya está abierta en París esta suscripción que tendrá eco en todo el universo.

Entre las ventas más notables de cuadros, objetos de arte, armas y libros que se han verificado últimamente en el edificio de las almonedas de París, se cuenta la de un actor francés llamado Vernet, que ha venido de Rusia con un cargamento de curiosidades. Este M. Vernet se estrenó en una escena secundaria de París sin ningún éxito, y en seguida se encaminó á San Petersburgo, donde comenzó á desempeñar los papeles jocosos con un excelente resultado. El czar Nicolás le cobró cierto cariño, y al ejemplo del soberano todos los personajes de la corte le trataban con favor. Vernet tuvo la idea de reunir á su profesión de cómico el comercio de objetos de arte, y su empresa vino á producirle buenos beneficios.

A fuerza de tacto y de paciencia había logrado reunir entre otras cosas curiosas una colección de cajas de tabaco de polvo, trabajadas por artistas franceses é italianos del siglo XVIII, de un gran valor; había una tasada en 25,000 francos. La venta que ha hecho en París de estas cajas preciosas y otras curiosidades ha sido muy lucrativa, y á estas horas el vendedor ha salido ya para San Petersburgo á continuar su doble empleo de actor y comerciante.

Hemos dicho que Vernet era uno de los artistas más queridos del emperador Nicolás, y esto nos recuerda un rasgo muy característico.

El czar se paseaba con frecuencia solo y á pié por las calles de su capital; pero estaba severamente prohibido dirigir la palabra al emperador y hasta contestarle cuando él preguntaba.

Todo el que faltaba á la orden podía estar seguro de ser preso inmediatamente por dos mujicks que se aparecían sin saber cómo, y se llevaban al delincuente á un calabozo.

Un día que Nicolás atravesaba una de las calles principales de la ciudad, Vernet se encontró á su paso.

El czar le interpeló, le hizo hablar un instante y luego prosiguió su camino.

Apenas había vuelto la espalda el príncipe, cuando los inevitables mujicks cogían al cómico y lo llevaban preso.

Por la noche el emperador se hallaba en su palacio y perdía la paciencia al ver que no levantaban el telón.

— General Guedeonoff, ¿porqué no empiezan?

— Señor, falta un cómico.

— ¿Quién es?

— Vernet, el principal de ellos.

— ¿Qué le ha sucedido?

— Señor, está ausente.

— No puede ser, justamente le he encontrado esta tarde.

— Pues eso lo explica todo.

— ¡Ah! Entiendo, exclamó el czar; — esos majaderos le han llevado á la cárcel porque respondió á una pregunta que le dirigí. ¿Sabes cuál fué nuestra conversacion? Esta. — «Vernet, ¿qué tienes? — Señor, estoy triste. — ¿Con qué te ocupas? — Señor, con cierto medicamento que diré si lo permite V. M. — Habla. — Con los vinos de Francia.» — Ahí está su crimen. ¡Qué estúpidos son los hombres de celo mal entendido! Pónganle en libertad inmediatamente.

Diez minutos después el actor salía de la cárcel y desempeñaba su papel en la función de aquella noche.

Al cabo de algunos meses el emperador encontraba otra vez en la calle á su actor favorito.

— Ven aquí, Vernet, le dijo desde lejos.

— No señor, respondió el cómico; agradezco mucho á V. M. que me dispense la honra de llamarme, pero gato escaldado del agua fría huye.

Y sin detenerse cambió de camino.

A la venta del actor favorito del emperador Nicolás, que ha producido más de 100,000 francos, ha sucedido otra no menos célebre y que arroja un total más considerable. Ha sido esta la de M. Daugny, comerciante retirado de los negocios hace más de veinte años, y que había gastado una gran parte de su fortuna en la adquisición de objetos artísticos y de curiosidades de todo género. Su colección era poco numerosa, pero notabilísima y tenía fama entre los aficionados, de modo que á la muerte de M. Daugny ocurrida hace seis meses, ya los principales de ellos se pusieron en campaña esperando la almoneda en la que se han disputado encarnizadamente todas las preciosidades sacadas á subasta. Consistían estas en marfiles, maderas esculpidas, bronce antiguos, esmaltes de Limoges, obras de los artistas más famosos de los siglos XVI y XVII, porcelanas de mucho valor y miniaturas admirables. Hé aquí una lista de precios de varios de los objetos vendidos, con los nombres de las personas á quienes fueron adjudicados:

Dos grandes figuras en relieve, Jesús y la Santísima Virgen, trabajo de la edad media: 3,600 fr., á M. Ewens, inglés.

Un misal pintado en ocho tarjetones de madera atribuido á Rafael; 3,600 fr., á M. Norzý.

Un retrato del papa Pio V, esmalte de Limoges formando un hermoso relieve: 3,600 fr., á M. Van Cuyk.

Un busto de Colbert, marfil, primoroso trabajo: 600 fr. á M. Thiers.

Una estatuilla velada, 1,400 fr.; varias piezas esmaltadas muy notables, á M. de Rothschild.

Dos placas en esmalte con los retratos de Luis XVI, María Antonieta y la familia real; 3,500 fr. por orden y para la colección de una persona de la categoría más elevada.

Los objetos siguientes se adjudicaron á M. Allegre que posee en el día la más rica colección de París en porcelanas, esmaltes y miniaturas:

Una magnífica miniatura por Hall, retratos de su mujer y de su hijo, la obra más hermosa de ese famoso artista, pintada con toda la perfección del arte; 4,900 fr.

Una caja de polvo con seis medallones pintados por Blaumberg, estilo flamenco; 3,150 fr.

Otra id. ovalada, de oro con fondo adornado de esmaltes transparentes y un medallón con cifras, guirnaldas de flores y de diamantes; 2,900 fr.

Un misal en pergamino, del siglo XVI, de una ejecución admirable y en un estado perfecto de conservación; 900 fr.

Un retrato de Pio VII, mosaico de Roma, pieza de un trabajo delicado, y una de las mejores muestras de ese género que pueden presentarse; 685 fr.

No queremos alargar esta enumeración; basta lo citado para que se comprenda cómo se pagan las cosas de arte en París; el total de lo vendido arroja una suma de más de 200,000 fr.

Hace algunos días, cuenta M. P. de Ivoi en su última crónica semanal, el marqués de *** que había sufrido fuertes pérdidas en la Bolsa, tenía que pagar una suma de 100,000 francos. La cantidad es crecida, y no á todas horas puede disponer de ella aun el hombre más rico.

Por fortuna la marquesa posee joyas de mucho valor, y da la casualidad que no puede usarlas este invierno porque está de luto. El marqués se decide; toma un aderezo de brillantes, y le lleva á casa de un joyero para que le venda.

— De aquí al invierno próximo, dijo para sí, me habré desquitado; entonces reemplazaré con ventaja las pedrerías de mi mujer y ella me lo agradecerá como un obsequio.

El joyero vende las piedras y las vende bien. Únicamente le quedaba un brillante magnífico que por su pureza y su peso valía 20,000 francos.

Con él se dirige á casa de uno de los banqueros más ricos de París, uno de esos hombres notables que dan la ley en la Bolsa y en la plaza, y que no sabría decir con exactitud la cifra de sus millones: el joyero le cuenta la aventura del marqués y añade:

— Todo está ya vendido menos este brillante magnífico; es un brillante regio. Le he guardado para Vd., porque su señora tenía deseos de adquirir una piedra de esta importancia y me encargó se la buscara por todas partes. La ocasión no puede ser mejor.

— Sí, pero ¿y el precio?

— Casi de balde.

— ¿De veras? exclamó el capitalista; venga pues.

— ¡Vea Vd. qué agua, qué blancura, qué brillo! dijo el joyero haciendo resplandecer entre sus dedos la piedra preciosa.

— ¡Oh! es soberbia.

— Ya se lo dije á Vd.

— Es admirable; mi mujer se va á volver loca.

— ¿Cree Vd. que la agrada mucho?

— No me cabe en ello la menor duda.

— Pues señor, me alegro haber tenido la idea de conservarla para Vd.; ya había creído que le convendría.

— Así es, amigo mio, muchas gracias. Pero sepamos el precio.

— La piedra vale 25,000 francos; sin embargo, á Vd. se la daré por 20,000.

— ¡Demonio! exclamó el banquero; si á esto llama Vd. casi de balde, ¿qué será cuando venda Vd. caro?

— Oh! no se apure Vd, respondió el joyero; si el precio no le conviene, no hay nada de lo dicho, tengo muchas personas que se quedarán con el brillante.

Y citó tres ó cuatro nombres de banqueros amigos de su interlocutor.

— Bien, muy bien, amigo mio, dijo este; lléveles Vd. su piedra preciosa, pero me hará Vd. el favor de no decir á mi señora que yo la he visto.

— ¡Qué fatalidad! la recomendación llega tarde.

— ¿Pues?

— Ayer mismo su señora de Vd. vino á mi casa y la vió.

— Me gusta... ahora tengo que comprarla á la fuerza... en fin no hay remedio, déjemela Vd.

— Corriente, me entregará Vd. 20,000 francos.

— No ahora, no tengo dinero en caja.

— El caso es que yo lo necesito inmediatamente.

— Se irá Vd. sin él... ¿quiere Vd. un pagaré á quince días de fecha?

— No me conviene mucho... Sin embargo, le tomaré y de mis fondos arreglaré hoy cuentas con el vendedor.

— Dichoso Vd. que puede obrar así, exclamó con hipocresía el banquero.

El sábado último, tres días antes del vencimiento del pagaré, el joyero hizo otra visita al comprador del diamante.

— Amigo mio, vengo á pedir á Vd. un favor.

— ¡Un favor! dijo el banquero con inquietud.

— Sí, un favor muy grande. Como sabe Vd., el marqués vendió el aderezo de su señora sin prevenirla. Contra lo que esperaba, la marquesa pidió su aderezo; el marqués respondió que me lo había mandado porque era preciso limpiarle y gobernarle, y como la fortuna le ha sido propicia estos días en la Bolsa, me ha encargado que le busque y le devuelva la maldita alhaja cueste lo que cueste. Todos aquellos á quienes vendí las piedras secundarias se han apresurado á dárme las, y solo me falta la principal, el brillante que Vd. ha comprado. Creo que Vd. me le devolverá igualmente; aquí tiene Vd. su pagaré.

— No sé si mi mujer consentirá.

— Dígala Vd. que de eso depende la paz de un matrimonio.

— No sé, no sé... ¿Qué me da Vd. para mí si la decido?

— ¿Quiere Vd. 500 francos?

— ¡Buena está la broma!

— ¡Qué diantre! ¡Usted ni siquiera me pagó en dinero!

— Mi firma es oro.

— Yo sí que debería hacerle satisfacer á Vd. los intereses del pagaré.

— No faltaba otra cosa.

— En fin, ¿cuánto quiere Vd.?

— El brillante vale 25,000 francos, ¿no es verdad?

— Seguramente.

— Está muy bien, la piedra es mía y no quiero devolverla, sino venderla en su justo valor... me da Vd. 25,000 francos ó no la tiene... y aun debía pedir algo para mi señora.

— Es Vd. lo que sabe todo el mundo, un judío, exclamó el joyero irritado.

Y devolvió el pagaré añadiendo los 5,000 francos en billetes.

El banquero celebró infinito esta realización inesperada, un verdadero negocio de judío.

El rasgo nos ha parecido digno de señalarse.

MARIANO URRABIETA.

El Poeta y el Filósofo en la vida.

El poeta canta; el filósofo piensa.

Sobre dorado carro de mágicos ensueños, entre rayos de luz que suben de su frente al cielo, sin poderse decir de donde emanan, al celestial olimpo un espíritu llega: de allí domina al mundo; y ora cogiendo armonioso laud, bate ciudades de arenosos campos; ora entonando cantos heroicos, guerras, triunfos, hazañas eterniza; ora empuñando destructora trompa, canta de Dios la emponzoñada ira. Navega de la mar en dulce calma, rompe las olas que en el cielo dejan su cólera esculpida, ó abre en el seno de la madre tierra regiones donde el mal su fetidez sepulta. Deja tras su voz sonora á veces, aterradora luego, pavorosa en tanto, plañidera hoy, escéptica mañana, inspirada siempre, el humo de sus rayos apagados, la sombra de la luz que fascinó, la confusión de sueños que entre nubes, entre celajes de verdad y duda, su inspiración llevara. El poeta es el hombre que se eleva á Dios, sin que en la elevación de su genio pueda deponer el fango que entorpece sus alas; es el ángel caído que suspira por su pérdida patria en el ostracismo expiatorio de la vida:

El poeta, en su misión
Sobre la tierra que habita,
Es una planta maldita,
Con fruto de bendición (1).

El poeta sale fuera de sí, bebiendo en todo inspiración; el filósofo se reconcentra sacando de su espíritu los gérmenes de su saber. Ambos rompen la valla que la autoridad opresora, ú otras preocupaciones ponen al espíritu; pero el poeta es como el rayo que rompe los obstáculos que se oponen á su imperiosa carrera en el espacio; y el filósofo es como la luz refulgente, radiante, activa, pacífica, fecunda, que destruye todas las sombras, y deja paso abierto á los espíritus, mientras el camino del poeta como el del rayo desaparece con su inspiración; no pueden caminar por él sino los genios: produce efervescencia, deslumbra; el filósofo da tranquilidad, progreso positivo, regulariza; aquel obra

(1) Zorrilla. (En la muerte de Larra.)

súbitos progresos, cultura elevada, á veces parcial; este asegura y asienta la civilización general sobre bases sólidas; aquel como la fantasía se desborda; este como la razón se fundamenta y eleva; el poeta tiene por ley su inspiración, por objeto su sentimiento; el filósofo tiene por ley la verdad, por objeto su pensamiento.

El poeta tiene un presentimiento ideal que concibe en forma poética, y expresa en ejemplares finitos, que la fantasía determina y simboliza, por medio de la asociación de ideas, en serie continua de imágenes sensibles. Así la obra del poeta es en sus inspiraciones un fecundo manantial, una viva erupción del espíritu, volcan encendido por el sentimiento, que al apagarse, deja caer las ideas, por las que se desprenden del pensamiento del Eterno, para formar acá en la tierra la diamantina corona del genio. Si: el poeta es el genio espontáneo que abre su corola al soplo del aura feliz de la inspiración en sublime arrobamiento del espíritu; el filósofo es el genio también, que entrafia y elabora sus frutos en constante trabajo, fecunda precisión y sazónada armonía.

La poesía filigrana la cuna misteriosa de los pueblos. En la fermentación de las nacionalidades el poeta es el suspiro que en sublime consorcio con el sacerdote arrulla la infancia en éxtasis divino; es el aura inspirada de refulgente y vivificadora luz. — Valmiki, Vyasa, Homero, Odino, los Niebelungenes, el Poema del Cid. — En las épocas de síntesis, dentro de la historia, la filosofía, desenvolviéndose del manto inspirado de las musas, asienta su planta en la tierra y se eleva desde el hombre á Dios. Todo entonces toma su espíritu de la filosofía; el arte expresa su idea en forma filosófica; así el drama, que representa la vida, se inicia en Dante, sigue en Goethe, y aspira hoy á una idealidad mas superior y filosófica; no satisface el destino ni la revelación; pedimos la actividad del hombre obrando en la vida bajo sus leyes permanentes, y presentando sus fases todas en armonía con el espíritu del siglo.

El arte tiene dos épocas interesantes: en la cuna de las sociedades, y en su decadencia, como las horas mas poéticas del día son el aura del oriente y el zéfiro del ocaso; la luz en el meridiano es mas viva y real, menos poética. — Por eso la Odisea es menos poética que la Iliada. — Como el cielo se viste de divinos colores que esparcen inspiración en su fantástico desorden, así la poesía en el ocaso de las sociedades evoca todos los tonos del sentimiento; es el ¡ay! de la vida que se desliza, y lleva su aliento á todas las generaciones en el dorado pabellón de sus ensueños; la idea vive en el vaporoso espíritu de fantástico recuerdo. — Hipasia es la última misteriosa encarnación del arte griego, que desaparece en el humo de sus glorias, sacrificadas en holocausto del cristianismo; Zenobia es la última esplendente personificación de la civilización oriental, tan fantástica en glorias, como poética en ruinas: Palmira sucumbe en el manto perfumado del paganismo: incienso y mirra exhalan sus tumbas en el quejido confuso de su liviana disolución; el ¡ay! (1) de Jeremías es el suspiro de la ciudad divina que muere por sus prevaricaciones. — La humanidad es como el hombre: bulle la inspiración alentando su vida en la infancia, que luego asienta y sazóna la razón; llevan la juventud doradas ilusiones; la experiencia sostiene la edad madura; y como al helarse nuestra frente, viene la inspiración del infinito, la religión poetiza nuestra tumba, el sentimiento se eleva en una reconciliación con Dios, y la plegaria sobre el sepulcro es la ofrenda del alma que sube de la tierra: siempre el espíritu de los pueblos arrojó flores sobre las tumbas.

El poeta tiene algo de divino y de sacerdotal: invoca á los dioses como para que hablen por su inspirada fantasía; no confía en su genio, y como toda fuerza extraordinaria quiere nacer de Dios. El filósofo, por el contrario, es el hombre con toda su dignidad obrando y sufriendo en la vida con la resignación del que posee su personalidad, y está en su íntima esencia. Parte de su espíritu (*gnosi seauton*) (2) y llega hasta ser principio absoluto que ilumina su pensamiento, y fecundiza su razón.

Las ideas del poeta se exteriorizan como las fuerzas de la naturaleza: su genio se eleva sobre lo regular y ordinario, sobre lo real y sistemático; necesita otro mundo y lo crea su fantasía, sin mas principio que su inspiración, ni otra realidad que su anhelo, en cuyo aéreo fuego se evapora su pensamiento; fecunda y agota la vida en rápidos instantes, es pronto y sublime en una inspiración, no es constante y consecuente en una idea; difícilmente se saca de sus producciones un sistema ordenado de vida, son frutos precipitados, aunque grandiosos de un árbol gigantesco; superior á lo que le rodea, pero viviendo entre ilusiones y deseos que nacen, pasan y mueren, es mas influido por lo sensible que el filósofo, aunque á veces sea en tendencia opuesta; altamente impresionable desbarra en la admiración excesiva ó en el desprecio exagerado. — Tal es el mundo, cuya grandeza ensalza algun poeta, y otros poetas su miseria cantan.

El poeta lleva la idea de creación: concibe las ideas en forma poética: mas bien la forma trae envuelto, encarnado el pensamiento; y esto constituye su principal diferencia del filósofo. Sus concepciones no se aprenden, no se meditan, son rayos que despide la electricidad de su genio; no es el fruto madurado que

encierra el árbol de la raíz á la flor, su fruto no necesita ni raíz, ni tronco, ni ramas; es una explosión espontánea de las fuerzas de la naturaleza que no se regula. El genio es una inspiración frecuentemente pasajera; se eleva ó decae de repente segun que la inspiración le anima ó le abandona. Por eso, el sentido comun, apreciable criterio de verdad, ha dicho que « el poeta nace. »

La obra del genio es un conjunto de concepciones no reguladas sino inspiradas: no domina el orden, la armonía racional del pensamiento, sino la brillantez de la idea y la belleza de la forma; se dispensa la verdad por un rasgo atrevido de fantasía: se admira hasta el desorden por los golpes fuertes y tempestuosos de inspiración, que hacen quizá la obra mas poética: por eso la introducción al *Diablo Mundo* es el mas sublime desorden que arroja y espanta al alma desde las tétricas situaciones del averno á los juegos de nigromancia; desde el cadencioso y elevado endecasílabo á los tonos sueltos y atropellados del verso de tres sílabas. Así el genio nos admira en la tormenta de su inspiración que rompe la rítmica armonía del pensamiento: en este contraste ciframos á veces el placer de la obra del poeta; caminamos de ansiedad en ansiedad, de emoción en emoción por pasos agalopados hasta perderse la imaginación en las nubes de la duda, y abismarse el sentimiento en el seno desgarrador del escepticismo. Pero si el genio sucumbe en lucha con los elementos, renace como el fénix de sus cenizas y se eleva al pensamiento de Dios: tan ciertas son las últimas palabras del sublime cantor del Fausto (1): « el verdadero genio aun separado por mucho tiempo de la idea de Dios, vuelve á ella como al fin inevitable de todo pensamiento y de toda verdad. »

El poeta sensibiliza todas las circunstancias, evocándolas delante de sí para infundirlas la ilusión vaga y aérea de su espíritu, que una vez representado, hiera todas las fibras del sentimiento. Y si no, oigamos referir sin detalles, ó nombrar simplemente una tempestad, y esta idea vaga y tormentosa hará surgir en nuestra mente las olas confusas de la borrasca; pero si se representa en horrendo bramar y aterradora noche una tripulación que naufraga, un buque que se estrella, las olas que le sepultan, los aires que se combaten, y en su lucha con las olas dejan entrever los abismos que nos hacen perder la tierra que pisamos; las nubes que eclipsan el día se chocan y confunden, vomitando rayos con estruendo horrible; marineros que azotes de la tormenta piden clemencia al cielo sin que sus ayes puedan llegar á través de los irritados elementos; el abrazo de un padre y de un hijo que van á sepultarse en los abismos, exclamando « vamos á perecer, » el cuadro del naufragio será tan acabado como la desolación de la tempestad.

Tal es la obra del poeta: omite, en tanto, detalles que anhelamos saber; y este es uno de los mayores placeres que produce la lectura de un poema: algo se debe dejar que poetice al que lee, deleitando no ya su gusto, sino despertando su fantasía.

El filósofo, por el contrario, en su bien construida obra, nada edifica sin base, ni remata sin columnas: nada debe omitir que sea necesario, nada debe decir que sea superfluo: no se perdona, ni siquiera disimula un defecto de criterio, la falta de una ley lógica, aunque la forma deslumbró: buscamos ideas y la forma ha de nacer de ellas, así como el pensamiento ha de desenvolverse en la razón con una gradación rigurosa fundada siempre sobre el principio que es á la vez base y norma de la estructura de su obra — y esto es lo que se llama arquitectónica de la ciencia. — Su fruto ha de ser madurado, debe pasar por todos los criterios como por todos los desenvolvimientos del árbol, y por todos los estados del conocimiento como por todas las estaciones en que la planta se nutre, se desarrolla y florece. La obra del poeta puede no encerrar idea; la del filósofo ha de entrafiañer siempre pensamiento real, y contener semilla para ulteriores progresos.

El poeta tiene un sentido individual y fantástico; el filósofo un sentido general y real: aquel exterioriza concepciones, sensibiliza la inspiración, crea imágenes; este piensa, generaliza individualidades, concibe ideas que expresa en forma racional; aquel expresa en sueños su fantástica ilusión; este convierte en ideas su observación y sus elucubraciones. Su objeto es la esencia de los seres y leyes permanentes de la vida; tiene un carácter total en que se resume la obra del espíritu. Empieza por el estudio del hombre, se asegura en su punto de partida, establece su principio y sintetiza sus doctrinas, formando un todo armónico de trascendencia para la vida toda; en tanto que el poeta coge un estado ó condicion de ella, y la manifiesta en sus múltiples formas, colorándolas con el aliento de su genio.

La poesía, sin embargo, es una verdad porque es un sentimiento y una expresión importante de la vida: cada época tiene su poesía como tiene su pensamiento y sus tendencias. Cuando es extraña á su siglo ó al genio del pueblo tiene una vida estéril, infecunda, sin influencia en la sociedad. Diremos á este fin dos palabras sobre el clasicismo y romanticismo. El clasicismo, siendo el eco de una edad pasada que renace de las cenizas de sus glorias, es impotente para representarla, afectado é intolerante para la nueva idea que ha espiritualizado toda la vida, convirtiendo la necesidad en amor, la esclavitud en igualdad, el fatalismo en libertad. El romanticismo, eco fiel de los nuevos sentimientos, es sencillo, vigoroso, original como la caballería, dulce como el amor, arrogante como el honor. Su lucha

(1) Goethe.

es el choque de las dos edades; y de su oposición debía nacer la nueva idea, compleja como la vida, armónica como la tendencia de nuestro siglo. El drama la representa: y no es ya clásico como en Racine y Alfieri, ni romántico como en Shakespeare y Calderon, sino filosófico como en Goethe.

Dos escuelas filosóficas corresponden á estas formas poéticas en el procedimiento, á mas del materialismo y espiritualismo que parecen darlas su pensamiento: el *dogmatismo* y el *criticismo*. Aquel da por establecido lo que primero debe estudiar; este analiza el órgano y el principio de sus conocimientos, la *razón* y el *ser*: el dogmatismo se apoya en la autoridad: así oprime y excluye con base estrecha é infecunda; su obra fundada sobre arena es tan estéril como sería la obra del artista sin expresión de su genio. Hoy la filosofía reconstruye su edificio sobre sólidos cimientos, con riqueza de materiales y espíritu tan libre como armónico.

Veamos, en fin, cómo obra en la vida. El poeta despierta el sentimiento; eleva la fantasía; es el suspiro que vivifica todas las fibras del alma y robustece las cuerdas del corazón; es la aspiración primera del espíritu á la región del infinito; moraliza representando todas las tendencias de la vida en las afecciones del corazón ó en los anhelos del alma; individualiza nuestro ser en la virtud y el vicio, esculpiendo sus máximas en los acordes de la belleza; inicia nuestro destino, despertando los sentimientos de independencia, libertad y religión; lleva nuestra vida en ondas de armonía al templo de la felicidad. — El filósofo asienta nuestra planta en las raíces del bien: tiene por base la razón, por cúpula eterna á Dios; dá leyes permanentes de nuestro destino; tiene por lábaro la verdad, la bondad y la belleza; hace obrar el bien por el bien; conduce nuestra existencia por las sinuosidades de la duda al puerto de la verdad: realiza los sentimientos del poeta, asentando la libertad del hombre en la confianza y bondad del espíritu que escuda en la Providencia; armoniza el desarrollo del individuo con el progreso bienhechor de toda la humanidad, subordina el destino del mundo bajo el Ser Supremo, causa y principio de toda bondad, ciencia y belleza; edifica el hogar de nuestra felicidad, que hace consistir en la tranquilidad de la conciencia y actividad del espíritu contra los embates de la desgracia y la lucha de la adversidad; fecundiza la existencia que el poeta vivifica.

¡Qué sublime es el alma! ¡Qué buena es la Providencia!!!

NICOLÁS SALMERON Y ALONSO.

La embajada de Siam en Paris.

El extremo Oriente da señales de vida y parece trata de conocer por medio de sus representantes las maravillas de nuestras ciudades europeas y el secreto de un poderío que ya no le es dado ignorar. Mientras contamos á nuestros lectores los episodios de una embajada que sin duda la China no dejará de enviar próximamente á Francia y á Inglaterra, hablaremos de los enviados del reino de Siam que se hallan en este momento en Paris acompañados del sobrino de uno de los dos reyes de ese país curioso. El tratado de comercio y de amistad concluido recientemente por el gobierno con el reino de Siam, ha venido á reanudar unas relaciones interrumpidas desde hace ciento sesenta años.

Voltaire nos ha dejado el relato de la embajada recibida por Luis XIV en 1684. Por esa época un griego llamado Phalk Constancio llegó á ocupar, por una serie de circunstancias extraordinarias, el puesto de primer ministro en el reino de Siam; sintiendo la necesidad de socorros extranjeros y no queriendo fiarse ni de los ingleses ni de los holandeses, aquel personaje se dirigió á la Francia que poseía ya algunos establecimientos en la costa de Coromandel. Luis XIV quedó muy satisfecho con la embajada, y respondió enviando al rey de Siam dos embajadores y seis jesuitas á los cuales se reunieron despues varios oficiales y ochocientos soldados.

Desgraciadamente la Francia no sacó ningún partido de todo esto por causa de la muerte violenta de Constancio y del degüello de los franceses que lo rodeaban en 1690.

A fin de poner en evidencia las ventajas que puede tener para los franceses el tratado de comercio que acaba de firmarse, tomamos del *Journal des Débats* las siguientes noticias sobre Siam, debidas al señor obispo Pallegoix.

« Siam es rico en productos de toda clase, animales agrícolas, montes y minerales; el territorio abunda en minas de cobre, de estaño, de plomo, hierro y oro; la mina de oro mas célebre es la de Bang-Taphan, á la falda de unas montañas elevadas que llaman los Trescientos Picos; parece ser que allí se encuentra el oro en granos y en pepitas. La población de Siam, que se calcula en seis millones de habitantes, es mas industriosa que en ninguna otra parte del mundo indio (excepto los chinos); su gobierno ilustrado relativamente se muestra dispuesto á recibir la influencia civilizadora de la Europa; así lo atestigua la embajada actual, y lo prueba mejor aun la tolerancia que concede á diferentes cultos y aun el apoyo que presta, segun se asegura, á nuestros misioneros cristianos. Además este país posee en el archipiélago indio una gran ventaja, y es que su litoral no se halla infectado de esas legiones de piratas que suelen hacer tan peligrosas ciertas partes de los mares indo-chinos. Por último se puede considerar á los siameses superiores en realidad, tanto por la inteligen-

(1) Nombre que reciben los trenos de la primera palabra con que empiezan.

(2) El *nosce te ipsum* de Sócrates, punto de partida para todos los renacimientos filosóficos.



Nai Bichar Sarbkitich, } nobles guardianes
 Cha-Mun Rajamate, } de los presentes.

Criado. }
 Secretario del primer embajador. }
 Chau-Mun Sarbbedh Blacty, segundo embajador.

Criado. }
 Phya Mantri Suriywanse, jefe de la embajada. }
 Secretario del segundo embajador.

Consejero de embajada. }
 El cap. Duk, intérprete del segundo embajador. }
 Phya Mantri Bilacks, tercer embajador.

Chia-Mun Mandir Bilacks, tercer embajador. }
 Ma n-Rajaday, sobrino del primer rey de Siam, gran intérprete. }
 El cap. Duk, intérprete del segundo embajador.

Ma n-Rajaday, sobrino del primer rey de Siam, gran intérprete. }
 El cap. Duk, intérprete del segundo embajador. }
 Phya Mantri Bilacks, tercer embajador.

LOS EMBAJADORES DE SIAM EN EL HOTEL DEL LOUVRE.

cia como por la dulzura de las costumbres, á las poblaciones semi-bárbaras de la Malasia, y todo inclina á pensar que el contacto de las naciones europeas les conducirá fácilmente á tomar una posición respetable entre los Estados comerciales del Oriente.»

En breve publicaremos algunos dibujos, y entre ellos la descripción de la ciudad de Bancok ofrecerá una muestra curiosa de esas poblaciones que se encuentran á orillas del río de Siam.

« Bancok, dice el *Monitor de la flota*, se extiende sobre unos cinco kilómetros; su población de unas 500,000 almas habita en gran parte en casas flotantes construi-

das sobre unas balsas de cañas de bambú colocadas sobre las dos orillas del río, y sostenidas por unas estacas gruesas clavadas en el fango, que suben y bajan con la marea. Además hay una porción de barcas cubiertas donde viven familias enteras; el río está surcado por tiendas flotantes; es un espectáculo curioso cuando por la noche se enciende en cada casa la gran linterna china, con el rótulo de su dueño marcado en letras encarnadas.»

Diremos dos palabras sobre el personal de la embajada instalada en este momento en el hotel del Louvre. Consta de treinta personas, y su jefe tiene cincuenta

años. El embajador lleva una vestidura de seda bordada de flores de oro y plata. Su comida se compone ordinariamente de carne de puerco, de arroz y algun pescado. La distracción principal de los enviados siameses consiste en fumar en largas pipas tabaco de Oriente con gran detrimento de las alfombras del hotel; por fortuna los montones de oro puro que han traído son para ellos una recomendación mas que suficiente. Preciso es decir que estos asiáticos no se distinguen ni por la belleza de las formas ni por la distinción de la fisonomía, y que mas bien tienen el color cobrizo que el bronceado. F. B.

Dos monumentos chinos.

Cuando se va á Canton por el canal interior que llaman el paso de Macao, se distingue, delante de la aldea

de Kwei-chan, un monumento aislado cuyo conjunto recuerda nuestros arcos de triunfo, bien que la inclinación de ciertas líneas y los detalles del ornato sean la expresión mas exacta del estilo chino.

En todo tiempo ese pueblo original ha elevado monumentos de esa clase á la memoria de algunos nombres respetados; pero siempre rinde ese homenaje solemne á las virtudes privadas y jamás al brillo militar, sea



Arco de triunfo entre Macao y Canton.

cual fuere el prestigio que le rodee. El arco de triunfo cuyo dibujo reproducimos aquí, ha sido dedicado á la memoria de una joven que antes que verse deshonrada por un hombre que la perseguía, prefirió arrojarse al río donde pereció mártir de la castidad.

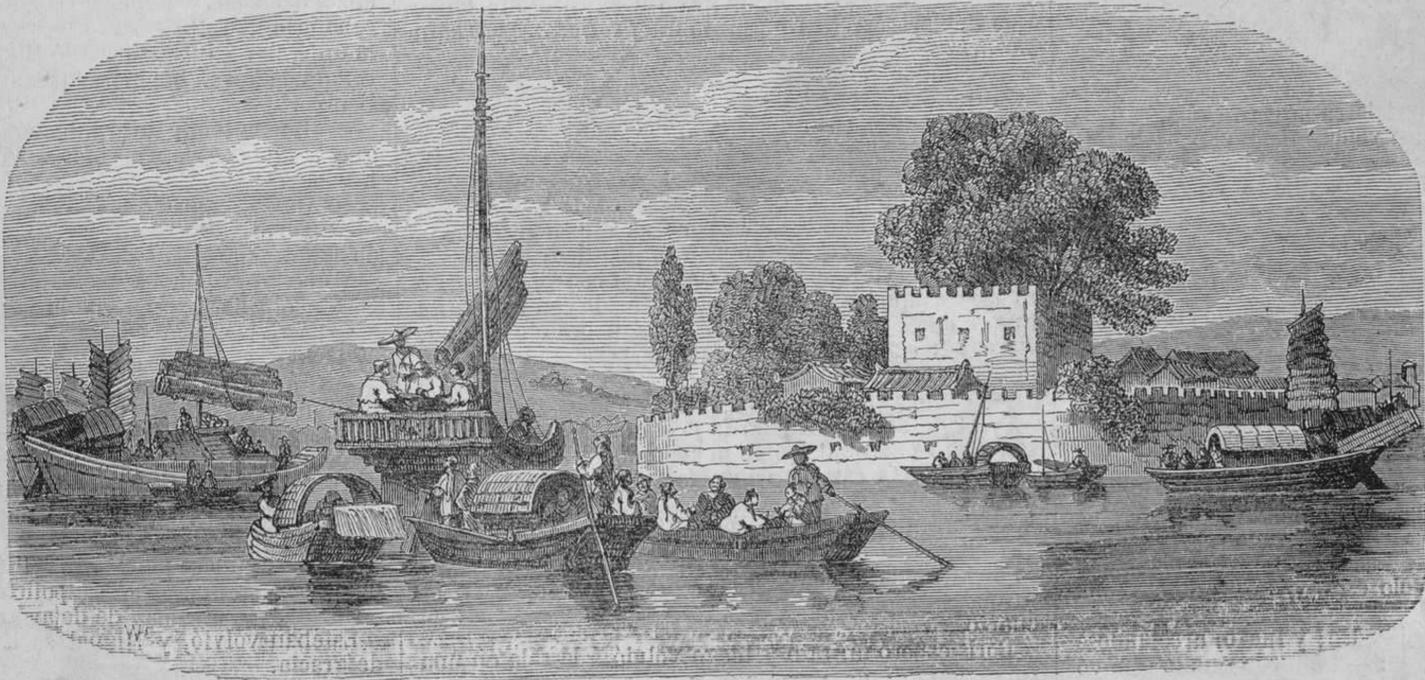
Esta apoteosis de la virtud es tanto mas notable en la China cuanto que reina allí en general una gran disolución de costumbres, sin que inspire á nadie la reprobación mas ligera.

Cuando del fondeadero de Wampou se sube el Tigris para ir á Canton, el primer objeto que alcanza la vista es una pequeña fortaleza colocada en el primer término del cuadro magnífico en cuyo fondo se desarrolla la inmensa ciudad.

Se halla construida sobre un islote plantado de árboles que la dan el aspecto de un grupo de verdura

Los chinos llaman este fuerte *Ta-wang-kiang Paotai*; los europeos le han llamado la *Folie française*, porque en el siglo último la tripulación de un buque francés dió allí una gran fiesta seguida de un baile á la moda de los marinos de aquel tiempo, cuya algazara hizo decir á los convidados chinos que los franceses eran locos.

Una fragata americana desmanteló ese fuerte hace un año para vengar una injuria hecha al pabellón de los Estados Unidos. Ultimamente los aliados le convirtieron en un punto de apoyo para el ataque de Canton; es de creer que por su posición ese islote será siempre un punto estratégico importante en las cercanías de la ciudad provincial.



La Folie Française, en el río de Canton.

destinado á romper las líneas un poco monótonas de la aldea y del horizonte.

NOVELAS RUSAS.

Una amistad á toda prueba.

(Continuacion).

Una ó dos veces Esteban paseándose segun su costumbre se detuvo junto á ellos, prestó el oído á las palabras de Boris y murmuró:

— ¡Brau! ¡Brau!

Después continuó su marcha.

Boris y Pedro prolongaron esta visita mucho mas que la otra. Durmieron en casa de Barconkova y no se despidieron hasta el otro día por la tarde.

Al marchar Boris alargó la mano á Viera que se sonrojó, pues hasta entonces ningun hombre habia estrechado su mano. Pensó que era costumbre en San Petersburgo.

Los dos amigos volvieron á menudo á casa de Esteban. Boris fué solo algunas veces; cada dia anhelaba mas y mas encontrarse con Viera. Entre ella y él se habian establecido relaciones afectuosas; únicamente Boris la hallaba demasiado reservada y razonable.

Su amigo Pedro ya no le hablaba de ella. Una mañana, sin embargo, después de haberle mirado algunos instantes en silencio, le dijo de repente:

— ¡Boris!

— ¿Qué queréis? exclamó Boris sonrojándose ligeramente sin saber porqué.

— Desearía advertiros... pensad un poco... sería muy mal hecho si...

— ¿Qué queréis decir? No os comprendo...

— Quería hablaros de Viera.

— ¿De Viera?...
Y Boris se puso mas encarnado todavía.

— Boris, debéis tener cuidado con lo que puede suceder... Perdonad mi atrevimiento, pero mi amistad me pone en la precisión...

— ¿Qué significan esas reticencias? Viera es una muchacha virtuosa, y entre ella y yo no hay otro lazo que el de una amistad pura.

— Boris, os quiero preguntar una cosa: ¿qué amistad puede haber entre un hombre que como vos ha recibido una educación tan completa y una pobre aldeana que siempre ha estado metida entre cuatro paredes?

— Sin embargo, lo que os digo es verdad, respondió Boris con cierta irritación, y no sé qué idea os habeis formado de lo que llamais la educación de una persona.

— Podéis disimularme un secreto si gustais, pero lo que es engañarme, no lo lograreis; yo tengo también mi perspicacia, y anoche en casa de Esteban he podido convencerme de que...

— Hablad...

— De que amais á Viera y estais ya celoso de su cariño.

— ¿Pero ella me quiere á mí? preguntó Boris clavando en su amigo una mirada.

— Lo ignoro; no obstante extrañaria que no os amara.

— ¿Y porqué? ¿Quizá porque soy, como decís, un hombre bien educado?

— Por ese motivo, y porque vuestra posición es buena... Además vuestro físico es agradable.

Boris se levantó y se acercó á la ventana.

— ¿Cómo pues, habeis notado que yo estaba celoso? repuso volviéndose de repente hácia su amigo.

— Porque ayer os atormentaba el observar que no se marchaba ese tontuelo de Karentef.

Boris se calló; veía que su amigo tenia razon en lo que habia notado.

Karentef era un estudiante de un carácter jovial y divertido, pero algo loco y de inclinaciones un tanto dudosas. Abandonado desde muy jóven á si mismo, sin direccion ninguna se habia precipitado en la serie de las pasiones funestas. Tenia la traza de un gitano, cantaba y bailaba como los gitanos, hacia la corte á todas las mujeres y prodigaba á Viera muchas atenciones.

Cuando Boris le halló en casa de Esteban le gustó á primera vista, pero al notar con cuánta atención la jóven escuchaba sus cánticos, sintió hácia él una repulsi6n muy pronunciada.

— Pedro, dijo Boris plantándose delante de su amigo, os confieso que teneis razon. Hace mucho tiempo que debia habérmelo declarado á mí mismo; vos me abris los ojos. Sí, amo á Viera; pero creedme, ni ella ni yo podemos desviarnos de la línea recta. No obstante, hasta ahora no veo en ella ninguna señal de una predilección particular á mi persona.

— No sé, repuso Pedro, pero los pícaros tienen buenos ojos.

— ¿Y qué debo hacer?

— Suspender las visitas.

— ¿Es vuestra opinion?

— Sí, puesto que no podeis casaros con ella.

— ¿Y porqué no puedo? repuso Boris al cabo de una pausa.

— Porque como ya os he dicho, no es vuestra igual.

— No admito esa razon.

— En hora buena; obrad como os parezca conveniente. Yo no soy vuestro tutor.

Y Pedro siguió fumando su pipa.

Boris se sentó cerca de la ventana absorto en sus meditaciones.

Su amigo no trató de distraerle; lanzaba en el aire un torbellino de humo.

De súbito Boris se levantó, llamó á su criado y le mandó que enganchara los caballos.

— ¿Adónde vais? preguntó Pedro.

— A casa del padre de Viera.

Pedro lanzó precipitadamente muchas bocanadas de humo.

— ¿Os acompaño?

— No, prefiero hacer solo esta visita. Quiero explicarme con Viera.

— Como gustéis, repuso Pedro; y luego, arrojándose sobre el sofá añadió para sí: — De modo que lo que yo consideraba como una broma ha venido á ser un asunto serio. Dios le proteja.

Por la tarde se retiró á su casa, y acababa de acostarse cuando de repente se presentó delante de él su amigo Boris cubierto de nieve, y le dijo arrojándose en sus brazos y tuteándole por la primera vez:

— Amigo mio, felicítame: tengo su consentimiento y el de su padre; todo está acabado.

— ¿Cómo! exclamó Pedro con sorpresa.

— Me caso.

— ¿Con Viera?

— Sí; es asunto resuelto.

— No puede ser.

— ¿Qué hombre! Te lo juro.

Pedro se levantó, tomó de prisa sus babuchas y su bata y exclamó:

— Marta, tráenos té.

Y luego volviéndose á su amigo añadió:

— Si todo está acabado, Dios te ayude. Pero ¿cómo se han arreglado las cosas?

Es de notar que desde aquel momento los dos amigos se tuteaban como si nunca se hubieran hablado de otro modo.

— Te daré todos los pormenores, respondió Boris.

Hé aquí lo que habia pasado:

Cuando Boris llegó á casa de su novia no encontró allí, por extraordinario, ninguna visita, y Esteban no se paseaba segun su costumbre. Estaba un poco indispuerto y se hallaba recostado en un gran sillón.

Al ver entrar á Boris balbuceó algunas palabras, le señaló con el dedo la mesa donde siempre habia una coleccion de frascos y cerró los ojos.

Boris se sentó junto á Viera, entabló la conversacion en voz baja, y ante todo la habló del estado de su padre.

— ¡Ah! exclamó la jóven, es una cosa terrible para mí cuando se halla enfermo. No se queja, no pide nada, sufre y no quiere decirlo.

— ¿Le queréis mucho?

— Mas que á todo lo que hay en el mundo; Dios me evite la desgracia de perderle, me moriria.

— ¿De modo que no podríais resolveros á separaros de él?

— ¿Y porqué habria de separarme?

Boris clavó en ella sus ojos.

— Sin embargo, dijo, una jóven no puede permanecer eternamente en casa de su padre.

— ¿Qué idea!... Yo estoy bien tranquila; ¿quién podria robarme á mí?

Boris estuvo á punto de responder: Yo quizá. Pero se contuvo.

— ¿En qué pensais? le preguntó Viera mirándole con su sonrisa ordinaria.

— Pienso, respondió, pienso...

Y de repente interrumpiendo el curso de sus ideas la preguntó si hacia mucho tiempo que conocia á Karentef.

— Lo ignoro, á fe mia. Mi padre recibe mucha gente. Si no me engaño creo que el año pasado vino aquí por primera vez.

— ¿Y os agrada?

— ¿A mí? De ningun modo.

— ¿Porqué?

— Porque es muy descuidado y sucio. Sin embargo, debo decir que canta bien; su canto me llega al corazón.

— ¿Queréis decirme quién os gusta? repuso Boris al cabo de un instante de reflexion.

— Muchas personas, vos primeramente.

— Sí, creo que experimentais hácia mí un buen sentimiento de amistad. ¿Pero no teneis otra predilección mas íntima?

— ¿Qué curioso sois!

— ¿Y vos sois tan fria como el yelo!

— ¿Qué queréis decir? preguntó inocentemente la jóven.

— Escuchad...

En este momento Esteban dió media vuelta en su sillón.

— Escuchadme, prosiguió bajando la voz en tanto que toda su sangre se agolpaba á su corazón; tengo que hablaros... de un asunto muy serio... pero aquí no....

— ¿Dónde pues?

— En el cuarto contiguo.

— ¿Porqué? ¿Es un secreto?

— Sí.

— ¿Un secreto! murmuró la jóven con sorpresa. Y se dirigió hácia el cuarto que Boris la indicaba.

Boris la siguió dominado por una agitacion febril.

— ¿Y bien? preguntó ella con ansiedad.

Boris queria preparar su confesion con rodeos; pero al mirar aquel rostro virginal animado con la sonrisa que le hacia tan hechicero, al ver aquellos ojos tan puros y tan suaves, no tuvo fuerzas para dominarse, y la dijo sencillamente:

— Viera, ¿queréis casaros conmigo?

— ¿Qué decís? exclamó la jóven en tanto que su fisonomía se encendia como la grana.

— ¿Queréis casaros conmigo? repitió Boris lentamente.

— Pero... en verdad... no sé... no me esperaba...

Y en su emocion Viera tuvo que apoyarse en el marco de la ventana como si hubiera temido caerse; un instante despues salió corriendo y se encerró en su cuarto.

Boris esperó un rato y luego volvió á la sala en una turbacion grande. Encima de la mesa habia un número de la *Gaceta de Moscov*; le tomó y quiso leer, pero no comprendia una de las palabras que recorrian sus ojos, y ni siquiera comprendia lo que por él pasaba.

No habian trascurrido muchos minutos cuando oyó detrás de sí un ruido ligero, y sin volver la cabeza conoció que Viera estaba allí.

Pasaron algunos instantes mas; Boris miró á la jóven con disimulo y la vió sentada junto á la ventana pálida é inmóvil. Por fin se levantó y fué á sentarse á su lado.

Esteban reclinado en su sillón no hacia ningun movimiento.

— Perdonadme, Viera, dijo Boris haciendo un esfuerzo para reanudar el hilo de la conversacion... no habria debido declararos súbitamente... pero buscaba un instante propicio, y puesto que he podido hallarle, quisiera saber si debo...

Viera le escuchaba con los ojos bajos y el rostro encarnado.

— Viera, por piedad, una palabra, una sola palabra...

— ¿Qué queréis que os diga? exclamó por fin; no sé... eso depende de mi padre.

— ¿Estás mala? preguntó de repente Esteban.

Viera se estremeció, levantó la cabeza y vió á su padre que la miraba con ansiedad; entonces se acercó á él exclamando:

— ¿Qué decís, padre mio?

— Que si estás mala.

— No; ¿porqué esa idea?

Esteban la seguia mirando atentamente.

— ¿Con que te encuentras buena? añadió.

— Sí señor; ¿de qué procede esa inquietud?

— ¡Brau, brau! murmuró Esteban cerrando los ojos de nuevo.

La jóven se dirigia hácia la puerta. Boris la detuvo.

— ¿Me permitís al menos, la preguntó, que hable á vuestro padre?

— Como gustéis, respondió con voz tímida, pero me parece que yo no soy vuestra igual.

Boris quiso tomarla la mano, pero ella la retiró y desapareció.

— ¡Es extraño! se dijo; me repite las palabras de Pedro.

Cuando se vió solo con Esteban, Boris se propuso no perder un instante para preparar la demanda tan inesperada que queria dirigirle. Pero esta tarea no era fácil. El anciano doliente y agitado, unas veces se adormecia, otras parecia absorto en sus cavilaciones, y no respondia sino con algunas palabras breves é insignificantes á las preguntas y á las insinuaciones de Boris.

Por último, el jóven enamorado viendo que todos sus preparativos eran inútiles, se decidió á tratar el asunto abiertamente.

No obstante, siempre que queria hacer un esfuerzo decisivo para hablar, la palabra expiraba en sus labios.

— Esteban Petrovitch, dijo al fin, debo manifestaros un deseo que os va á sorprender mucho.

— ¡Brau, brau! exclamó Esteban en su tono acostumbrado.

— Es una cosa que no esperais.

Esteban abrió los ojos.

— Prometedme que no os enfadareis conmigo.

Los párdados del viejo se dilataron.

— Quiero... quiero pedirlos la mano de vuestra hija.

Esteban se levantó de su sillón por un movimiento impetuoso.

— ¿Cómo! exclamó dando á su fisonomía una expresion que no puede pintarse.

Boris repitió su demanda.

Esteban fijó en él una mirada tan prolongada y penetrante que el jóven se quedó cortado.

— ¿Lo sabe Viera? le preguntó.

— La he declarado mis deseos, y me ha dado permiso para hacerlos mi demanda.

— ¿Cuándo se lo habeis dicho?

— Hace un instante.

— Esperadme aquí, dijo Esteban, y salió del aposento.

Boris se quedó en el gabinete mirando con inquietud en su derredor, cuando de repente oyó el ruido de unos caballos que se paraban. Una voz de hombre resonó en la antesala, y luego apareció Miguel Micheitch.

Para el jóven enamorado esta visita era un contra-tiempo.

— ¡Buena temperatura tenemos aquí! exclamó Miguel sentándose en el sofá. Buenos dias. ¿Dónde está Esteban?

— Ahora vendrá.

— ¿Qué frio hace! añadió Miguel tomando una copita de aguardiente.

Y apenas la habia bebido añadió:

— Acabo de dar una vuelta por la ciudad.

— ¡Ah! exclamó Boris, que trataba de dominar su agitacion.

— Gracias á ese tunante de Onofre. Figuro que me ha contado una porcion de sandeces, de cosas imposibles. Me hablaba de un negocio nunca visto, en el que se podian ganar centenares y centenares de rublos; en resumen le di prestados veinticinco rublos, y he cansado mis caballos corriendo inútilmente por las calles.

— ¿De veras?

— No hay mas; ¡qué bribon! Deberia estar en presidio; no sé en qué piensa la policia. Pero tiene el diablo en el cuerpo, es capaz de dejarnos á pedir limosna.

Esteban volvió, y Miguel se adelantó á contarle su desgracia.

— ¿No habrá un hombre, exclamó, que le rompa las costillas?

— ¡Romperle las costillas! repitió Esteban atacado de uno de sus accesos de risa convulsiva.

— Sí, sí, las costillas, repitió Miguel muy contento porque habia dicho una gracia.

Pero se detuvo cuando vió caer á Esteban sobre el sofá como en una especie de desmayo.

— Siempre le sucede eso cuando se rie así; no sé qué significa.

Entonces entró Viera muy turbada y con los ojos encarnados.

— Mi padre no se encuentra bien hoy, dijo á Miguel en voz baja.

Miguel inclinó la cabeza, se acercó á la mesa y tomó un pedazo de pan con un poco de queso.

Algunos instantes despues Esteban logró levantarse y quiso andar un poco por el cuarto.

Boris se hallaba en un rincón en una ansiedad ex-

traordinaria. Miguel volvía á emprender la relacion de su aventura con Onofre.

Se fueron á la mesa, y únicamente Miguel llevó la palabra durante la comida.

Por la tarde Esteban tomó á Boris por la mano y le llevó á otra pieza.

— Sois un hombre honrado, le dijo mirándole fijamente.

— Sí, os lo aseguro, y amo á vuestra hija.

— ¿La amais de veras?

— La amo, y trataré de merecer su cariño.

— ¿No os cansareis de ella?

— Jamás.

El anciano hizo un esfuerzo que dió á su rostro una especie de contraccion dolorosa.

— ¿Lo habeis reflexionado bien? repuso.

— Sí, lo he reflexionado.

— Consiento.

Boris quiso abrazarle.

— Mas tarde, dijo el anciano.

Y luego volviendo la cabeza y acercándose á la pared echó á llorar.

Pasaron algunos minutos. Esteban se enjugó los ojos, se dirigió hácia su gabinete, y sin levantar la cabeza dijo á Boris con su sonrisa acostumbrada:

— Por hoy basta... mañana... todo lo que sea necesario.

— Muy bien, muy bien, repuso Boris siguiéndole á su gabinete, donde cambió una mirada con Viera.

En el fondo del alma experimentaba un sentimiento de júbilo, y sin embargo estaba inquieto: deseaba marcharse aun cuando solo fuera por perder de vista al insostenible Miguel, y anhelaba encontrarse á solas con su amigo Pedro.

Se despidió pues, prometiendo que volvería al dia siguiente. Al atravesar el umbral de la antesala besó la mano á Viera; ella le miró.

— Hasta mañana, dijo.

— Hasta mañana, contestó ella.

— Ahí tienes lo que ha pasado, mi querido Pedro, añadió Boris terminando su relato. Me he preguntado de qué proviene que el hombre en su juventud se inclina tan poco al matrimonio, y es porque teme esclavizarse. Se dice: tiempo tengo; esperando aun hallar quizás mejor partido, y sea que el hombre se quede soltero ó que se case á la primera ocasion, siempre es por efecto del amor propio ó del orgullo. Pues yo me digo: Dios te ha hecho encontrar una criatura buena y virtuosa, no rechaces ese don providencial, no te abandones al vano capricho. No puedo hallar una mujer superior á Viera; si hay algun claro en su educacion, yo le remediaré. Es verdad que su carácter es un poco flemático; pero no considero yo esto como una desgracia. Esas han sido mis reflexiones; tú mismo me has inducido á casarme... y si me engaño, añadió con aire pensativo, si me engaño... paciencia, el golpe no es grande; ya nada, tenia que esperar en esta vida.

Pedro escuchaba á su amigo en silencio tomando de cuando en cuando algunas cucharadas del té mal hecho que Marta le habia traído.

— ¿Porqué no me dices nada? le preguntó Boris parándose de repente. ¿No estás de acuerdo conmigo?

— El asunto está terminado, repuso Pedro lentamente. La jóven acepta tu ofrecimiento y el padre le sanciona, nada hay que decir, Dios os ayude. Ahora ya no se trata de reflexionar, sino que hay que ocuparse de tus bodas, mañana empezaremos. Hasta mañana pues.

— ¿Pero no me das un abrazo? ¿Qué hombre tan frio eres! dijo Boris.

— Eso sí, de todo corazon, respondió el buen Pedro estrechándole en sus brazos. Que Dios te dé todas las felicidades de este mundo.

Boris se retiró.

— ¿Qué acontecimiento! dijo Pedro metiéndose otra vez en la cama y dando vueltas, ora de un lado, ora de otro, y todo porque no ha servido en la caballeria, porque está acostumbrado á seguir el curso de sus ideas y porque no conoce la disciplina.

Un mes despues Boris estaba casado con Viera. Él mismo se empeñó en apresurar las bodas. Pedro fué su padrino. Durante aquel mes de espera Boris habia ido todos los dias á casa de su suegro, pero estas visitas no modificaron sus relaciones con Viera. Ella seguía tan modesta y tan reservada como antes.

Un dia la llevó la novela de Sagoskin titulada: *Jourí Mirowski*, y la leyó algunos capítulos. La novela la gustó, pero cuando la hubo concluido no pidió otra.

Una noche Karentef se presentó en la casa, y miró á la jóven largo tiempo. Hay que decir que se hallaba en un estado de embriaguez. Parecia que tenia deseo de hablarla, y sin embargo se calló.

Le suplicaron que cantara, y él entonó una romanza que principiaba por sonidos lastimeros y concluía en una melodia enérgica. Despues arrojó la guitarra sobre el sofá, salió con precipitacion, se ocultó la cara en las manos, y prorrumpió en sollozos.

La vispera de su casamiento Viera estaba triste, y su padre parecia tambien muy abatido. Habia esperado que Boris entraría á vivir con él, y sucedió que Boris le suplicaba por el contrario que siguiera á su hija á su nueva morada.

Esteban se negó á ello diciendo que no podía aban-

donar la casa donde tenia costumbres muy antiguas. Viera le prometió que iria á verle muchas veces por semana.

— ¡Brau! ¡Brau! respondió tristemente el anciano.

Al principio de su nueva existencia Boris se encontró muy dichoso. Viera dirigia su casa perfectamente, y él estaba encantado de su alma y de su constante actividad, de la sencillez y la dulzura de su carácter.

A veces la decia que era una mujercita holandesa por lo hacendosa, y declaraba á Pedro que por la primera vez al fin conocia las delicias de la vida.

Desde su matrimonio, Pedro no iba ya tan á menudo á su casa, ni se quedaba en ella tanto tiempo, aunque Boris le recibia tan afable como siempre, y Viera le profesaba un afecto sincero.

Un dia que Boris le reconvenia porque le visitaba tan poco, Pedro contestó con sencillez:

— ¿Que quieres? tu vida ya no es la misma. Estás casado y yo soltero; temeria hacerme importuno.

Boris no insistió. No obstante, andando el tiempo llegó á notar que sin su amigo el interior de su casa no estaba muy alegre.

Su mujer no le bastaba ya para ocuparle. Muy á menudo no sabia qué decirle, y pasaba horas enteras sin despegar sus labios.

Sin embargo, la miraba todavía con placer, y cuantas veces pasaba junto á él, la besaba la mano, lo que hacia aparecer siempre en los labios de la jóven una sonrisa suave.

Pero esta sonrisa no le hechizaba ya como en otro tiempo: ¿quién se contenta eternamente con una sonrisa?

Entre él y Viera escaseaban las relaciones intelectuales, y Boris comenzaba á notarlo.

— Está visto, se decia una vez sentándose en el sofá con los brazos cruzados, Viera es mujer de muy pocos recursos, y se acordó de la confesion que ella le habia hecho: «No soy vuestra igual.» Si tuviera yo, continuó, la flemática naturaleza de un alemán, ó si desempeñara algun empleo que me ocupara la mayor parte del dia, una mujer como ella seria un tesoro. Pero con mi carácter y en mi posicion... ¿si me habré engañado?

Esa última reflexion le causó mas sentimiento de lo que habria creído.

Al otro dia como animara á Pedro para que le visitara mas á menudo, y como Pedro le respondiera nuevamente que tenia incomodarle, Boris le contestó:

— Te engañas, amigo mio, no nos incomodas cuando vienes á vernos; al contrario, en cuanto entras tú nos ponemos mas alegres.

Boris hablaba á su amigo con toda franqueza, lo mismo que antes de su boda. Viera tenia mucho gusto tambien cuando veía al antiguo amigo de su casa. Amaba y estimaba á su marido, pero con todo el afecto que le tenia, no sabia cómo hablar con él ni cómo ocuparle, y habia observado que se distraía y se animaba cuando Pedro se encontraba allí.

Así este amigo fiel habia llegado á ser necesario para los esposos. Pedro queria á Viera con un amor de padre; ¿y cómo no habria podido querer á tan cándida criatura?

Cuando Boris en uno de sus momentos de abandono le confió sus secretos pensamientos y sus tristezas, Pedro le echó en cara su ingratitud, y le enumeró vivamente todas las cualidades que distinguían á la jóven. Un dia que Boris llegó á decirle que él y Viera no habian nacido para vivir juntos, Pedro exclamó con un acento de cólera:

— ¡Ah! no eres digno de ella.

— Pero, si no hay nada en esa mujer, repuso Boris.

— ¡Nada! ¿Qué necesitabas pues? Es una mujer excelente, es un modelo de esposa.

— Es verdad, repuso Boris con presteza.

(Se concluirá.)

Curiosidades inglesas.

II.

(Véase el número 272.)

EL PUGILATO Y LOS PUGILADORES.

Cuando se entra en Hyde-Park por la puerta de Grosvenor se encuentra á unos quinientos pasos de este punto en la direccion del Magazine un grupo de árboles en cuyo centro se destaca un olmo majestuoso. El espacio ocupado por estos árboles deja ver aun las señales de un terreno removido en otro tiempo. Este pedazo de tierra enteramente abandonado hoy, fué hasta 1820 el teatro mas agitado y tumultuoso de la moda, la escena por excelencia donde campaban libremente las dos pasiones dominantes de la sociedad de entonces, el juego y el furor del pugilato.

En ese lugar cerrado instituido por el celo de una autoridad liberal, se desarrollaban ante un público entusiasta todas las peripecias de ese arte lleno de decencia que con el nombre de pugilato (*boxe*) estuvo tan brillante durante cerca de un siglo entre los ingleses. El nombre que recibió ese lugar y que le fué conservado por el uso, *the Ring* (el círculo), llegó á ser por extension el término genérico, la denominacion práctica bajo la cual designan todo lo concerniente á un ramo tan interesante del *sport*.

Por desgracia las artes no siempre se fomentan en

razon de su utilidad; el pugilato ha degenerado bastante desde entonces. ¡Singulares vicisitudes! Los hombres de cierta edad pueden acordarse de los honores prodigados á esa ciencia en la época en que el famoso Jackson era profesor en Rond-Street y tenia discípulos como Jorge IV, los duques de York y de Clarence, el duque de Queensbury, el marqués de Tweedale, los lordes Fitzhardingue, Londsdales, Herfort y Byron el poeta. Fué el apogeo del Ring.

Es cierto que en nuestros dias algunos jóvenes nobles continúan aprendiendo las reglas del pugilato; pero ese estudio de disciplina puramente ha perdido casi toda su importancia, y ya no se ven pugiladores con flores luchando en el recinto del Ring. Los pugiladores de profesion no encuentran ya en las clases elevadas aquellos modelos magníficos cuya solicitud se extendia hasta los menores detalles de la educacion y de la higiene; ni tampoco encuentran aquellos admiradores sólidos que apostaban en un *fight* ó combate hasta la suma de 250,000 francos, como hizo en 1750 un duque de Cumberland en favor del inmortal Broughton. Añadiremos que por orden de una autoridad mezquina se cerró el Ring, y que los combates singulares están prohibidos bajo las penas mas severas. Su decadencia no puede ser mas grande.

Los progresos de la educacion han contribuido en gran manera á esta represion; pero sin embargo, no parece que el espíritu y las costumbres del pueblo inglés estuviesen suficientemente preparados para una reforma radical. El pugilato ha sabido evitar los obstáculos de la legislacion, trasladando sus escuelas y sus tradiciones á ciertos establecimientos donde florece bajo la proteccion de sus adeptos mas ilustres, los Owen-Swift, los Ben Caunt, los John Burn, los Crawley, etc. Para formarse una idea del estado actual del pugilato y de la condicion presente de los pugiladores, es preciso ir á estudiar los restos de ese arte decaído á las tabernas de la *Herradura*, del *Sol saliente*, de la *Aurora azul* y de la *Carroza*: en esas academias privadas se encuentra viva aun la historia del Ring.

Considerado en la práctica el pugilato merece ciertamente entrar en la categoria de los usos bárbaros; pero sus panegiristas le han hallado una razon de ser que puede alucinar un poco á los hombres que se consagran á esa profesion difícil. Dicen que el pugilato es una ciencia noble que enseña al hombre el uso de las armas naturales, que desarrolla el valor y favorece la paz y la concordia haciendo mas terribles las riñas y por consiguiente mas escasas. En apoyo del último aserto se hace constar que desde la decadencia del arte las querellas son mucho mas frecuentes, y que la navaja que era un arma desconocida en otro tiempo, comienza á desempeñar un gran papel en las disputas.

A pesar de todas las prevenciones que se tengan contra ese género de combate, preciso es reconocer que las reglas del pugilato no carecen de cierta cortesía, y que bajo el imperio del punto de honra que hace que se observen rigurosamente, esas reglas dejan mucha margen al sentimiento de la humanidad, teniendo en cuenta el fin que se proponen. — Otro rasgo hará apreciar mejor el lado moral de ese uso. Llamando al pugilato el arte de la defensa personal (*self defence*), los ingleses determinan tambien su verdadero carácter. En efecto, para el ataque el pugilato carece de recursos de un modo casi absoluto; no abraza completamente mas que los medios de defensa. A mayor abundamiento los ingleses que tienen una idea positiva de la fuerza humana, colocan la verdadera superioridad, no en la fuerza que obra, sino en la facultad de resistencia, lo que quita al ataque uno de sus estimulantes mas vivos.

En los límites en que esta encerrado, por su espíritu, por su objeto, por los medios que emplea, el pugilato seria hasta cierto punto tolerable sin los abusos monstruosos que la manía del juego, el amor propio y preocupaciones absurdas hacen que resulten en él todos los dias. Esto nos conduce á hablar de los pugiladores.

En otro tiempo toda la vida de un pugilador pertenecia á la práctica de su profesion y no era demasado. En el dia tiene además una industria ó un empleo. Thompson era tahonero, Neale fabricante de ladrillos, Tom Smith mozo de una oficina, Robson carpintero, etc. Se ha observado en honor de la profesion que los que seguían el Ring eran por lo comun de un carácter fácil y de buenas costumbres, y aun pueden citarse algunos que por sus cualidades se elevaron á cierto rango en la sociedad.

Hemos nombrado á Jackson que se halló en relaciones casi íntimas con las personas mas influyentes de su época, y ahora citaremos á Gully que despues de haber brillado largo tiempo en el Ring, recibió de sus conciudadanos una de las recompensas mas envidiadas, el honor de ser miembro del Parlamento. Los ejemplos de tales fortunas son escasos, y debemos decir que la ambicion de un pugilador no siempre se eleva á tan altas posiciones; ordinariamente sus deseos son mas modestos. De sus triunfos solo se promete una reputacion y un capital que le permitan dirigir con buenos beneficios un *public-house*, y ser á la vez uno de los patronos del Ring. Este es el resultado mas dichoso que pueda entrever al fin de una carrera llena de fatigas.

Difícilmente nos podemos formar una idea de las cualidades esenciales que requiere la profesion del pugilato. Los autores que han escrito sobre esta materia (y son numerosos) ponen en primera linea el valor, «ese valor, dicen, que está en el corazon, en la cabeza, en la medula y en la carne.» Este modo de definir parece muy singular, pero hace comprender perfectamente que se trata de una cualidad pasiva, y no se puede exi-



Pugilador, copiado por Gavarni, en la taberna de John Burn.

gir del pugilador un valor mas necesario. A un conocimiento bien profundo de las reglas de su arte, debe reunir tambien la destreza, la ligereza y la prudencia sin timidez: pero todas estas ventajas nada serian si la constitucion fisica del individuo no fuese activa, fuerte y vigorosa. Luego es preciso que un régimen severo complete estas felices disposiciones del cuerpo con una práctica constante y bien estudiada. Bajo el pretexto de seguir la higiene, el pugilador se condena a una vida arreglada.

No se comprenderia que un hombre se condenara voluntariamente a un género de vida tan miserable como el que exige semejante profesion, si no hubiera ciertas compensaciones en el fondo de tan duras pruebas. Ya hemos hablado de las esperanzas de beneficios que posee todo pugilador, y no debemos olvidarnos de mencionar tambien las satisfacciones de amor propio que le lisonjean.

Preciso es saber cuánta consideracion rodea á varios de los nombres ilustres en el Ring para concebir lo deseada que puede ser semejante nombradía.

Pocos nombres entre los oradores eminentes, entre los artistas y poetas distinguidos, tienen tanto brillo como los de Tom Cribb, Spring, Jem Ward y Bendigo. Así pues, en la esperanza de adquirir fama, se encuentra tambien el secreto de la paciente resignacion del pugilador.

Si nos propusiéramos señalar aquí el desacuerdo existente entre la ley que prohíbe las luchas á puñadas, y la afición de una gran parte del público por esta diversion, nos bastaria insistir sobre esas simpatías tan vivas de que acabamos de hablar. Es permitido creer que los magistrados encargados de la aplicacion de la ley conocen ellos mismos su impopularidad y tratan de que se sienta lo menos posible: así se desprende de la facilidad con que se elude la ley.

Después de haber indicado las muchas obligaciones inherentes á la profesion del pugilador, no es inútil decir en qué consisten sus trabajos. Cuando el ejercicio le ha endurecido suficientemente, cuando ya está bien seguro de sus fuerzas, el pugilador debe pensar en mostrar sus facultades. Entonces busca entre los miembros del Ring el adversario que le conviene, dando la preferencia á un *fighter* conocido ya. El desafío se redacta por escrito y en la forma de un verdadero contrato. Dice si el combate tendrá efecto segun los reglamentos antiguos ó los nuevos; señala cuál es la suma, designa el depositario de la apuesta y el modo del pago, el sitio donde tendrá lugar el combate, la hora á que deberá presentarse el adversario, y en fin la eleccion de los padrinos ocasiona artículos detallados. Tambien queda prevista la intervencion casual de la policia en el lugar del combate, y se estipula que se aplazará la lucha ó se cambiará de punto en el acto. Fijadas estas cláusulas, los adversarios se ponen en manos del patron hasta el dia convenido.

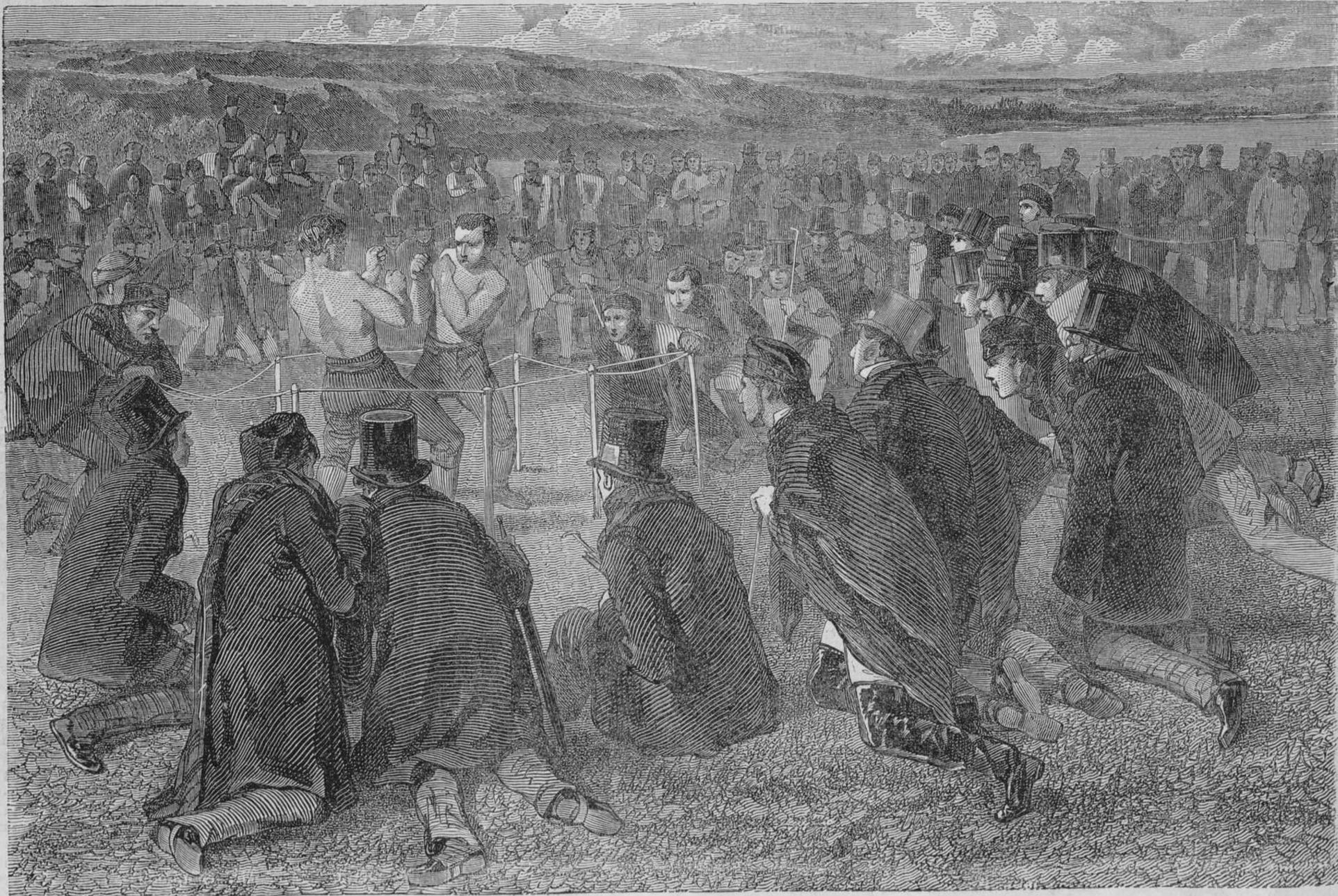
El anuncio del *fight* se esparce rápidamente en el círculo del Ring. Entonces á pocos amigos que tengan los combatientes, corren los aficionados á casa del *stakeholder* ó depositario de las apuestas, á tomar billetes para acudir á la lucha. Las cabezas se calientan y se atraviesa mucho dinero. Llegado el dia todos los que tienen billetes deben encontrarse á la misma hora en el ferrocarril ó en la estacion del vapor que debe trasportar á



Pugilador, copiado por Gavarni, en la taberna de John Burn.

los combatientes y á los curiosos bajo la direccion del intendente del *fight*.

Quando el convoy ha llegado al punto señalado para el combate y se han elegido ya el terreno y los padrinos, los *fighters* son conducidos á las dos casas mas próximas donde se arreglan para la lucha. Durante este tiempo se forma el recinto ó el *ring* destinado al combate con estacas y cuerdas, y se traza del mismo modo una segunda línea para que el público esté lejos de los combatientes. Determinados los preparativos llegan los



El combate, dibujo de Gavarni.

pugiladores; cada uno de ellos tiene un pañuelo de color diferente que entrega á su padrino: son los colores de los *fighters* que los padrinos atan á una estaca detrás del dueño. Una inmensa aclamación saludá á los *fighters* á su entrada en el ring.

El espectáculo que entonces presenta el lugar del combate es de los mas curiosos. Los espectadores están sentados ó de rodillas en torno del círculo. Reina un silencio profundo, y todas las miradas se hallan concentradas en el ring. Un hombre designado con el nombre de *umpire* (árbitro), que tiene un reloj en la mano, da la señal del combate. Entonces los dos adversarios se aproximan, se dan la mano, se ponen en guardia y la lucha comienza.

No describiremos las fases múltiples del *fight*; diremos solamente que no se dan muchos golpes al principio. Los adversarios se estudian y se provocan, pero en el fondo están mas preocupados de la defensiva que de los medios de ataque. Cuando uno de los adversarios recibe un golpe, los padrinos se presentan y le conducen á la extremidad del ring, donde le prodigan los cuidados que su estado reclama; le refrescan y curan sus heridas. Este intervalo marca el fin del primer *round* ó primer pase. Un juez del combate apunta los *rounds* y decide sobre todas las dificultades. El descanso acordado á los *fighters* despues de cada pase es de 30 segundos, á menos que no se hayan hecho estipulaciones especiales. A la expiración de ese corto tiempo el *umpire* proclama la continuación pronunciando la palabra *Time* y los dos campeones deben ponerse en guardia inmediatamente.

La lucha continúa de esta manera con las mismas alternativas de descanso, hasta que uno de los *fighters* no se halla ya en estado de responder al llamamiento del *umpire*, lo que hace constar su derrota. En tanto que el vencido es arrastrado fuera del ring, el vencedor recibe las ovaciones de la muchedumbre, y provoca la generosidad de los espectadores en favor del infeliz que ha sucumbido. Si el vencedor ha sido el principiante, las felicitaciones son muy vivas; al punto entra en la categoría de los maestros, su nombre se inscribe en el libro de oro del Ring, y ya tiene abierto el camino de la fortuna. Si por el contrario ha sido vencido, es preciso al menos que con su lucha obstinada haya dejado á los espectadores la idea de un hombre vigorosamente organizado para la resistencia, á fin de que pueda prometerse interesar un día á los aficionados. En otro caso es un hombre perdido en el Ring.

Los hombres entendidos en estas luchas tienen dos maneras de apreciar el mérito de un *fight*: por el número de los *rounds* ó por la habilidad de los golpes. Hay lucha que se termina en diez minutos, dejando en la memoria de los espectadores un recuerdo eterno, porque uno de los combatientes tuvo la rara felicidad de dar el golpe maravilloso llamado *The Suit in Chancery* (el proceso en cancillería), golpe precioso y lleno de gracia que consiste en coger la cabeza del adversario bajo el brazo izquierdo y golpearle hasta cansarse con el puño derecho. Otro *figth* es famoso porque en él hubo un contingente de *rounds* que duró un par de horas.

Los combates de este gé-



El vencido, dibujo de Gavarni.



El vencedor, dibujo de Gavarni.

nero quedan consignados por la gratitud de los aficionados en las tablas del Ring. Aun se recuerda que en 1841 Birchall batió á Smith en 185 minutos y 112 pases; que en 1832 Looney desafió á William Ficher en 193 minutos y 87 *rounds*, y otros por el estilo. Pero el empleo mas prodigioso de resistencia que se conoce fué dado en el *figth* de 1848 entre Grant y Madden, combate que duró cinco horas cuarenta y cinco minutos, y que hubo de suspenderse al cabo de 140 pases porque los dos *fighters* cayeron rendidos de fatiga.

A estos interminables *figths* opondremos diferentes combates que se citan como modelos de precisión, á saber: el de Gas contra Jorge Cooper en 1821, en el que hubo dos *rounds* en tres minutos, y el de Figg en 1730, cuya duración fué de un minuto.

Acabamos de señalar los elementos de que se compone la historia del Ring; y ahora añadiríamos algunas anécdotas si no fuera porque presumimos deben ser de escaso interés para nuestros lectores. En efecto, suponemos que es poco importante el saber que en 1848 el intrépido Wright, que solo tiene un brazo, batió cerca de Coventry á Matthews, quien para nivelar las fuerzas se ató un brazo á la espalda. Es preciso ser inglés para saborear la gracia de tales lances.

Contando los *figths* de desenlaces fatales hallamos que de 1833 á 1846 los placeres del Ring costaron la vida á catorce individuos. Un pugilador, Owen Swift, hizo tres víctimas. Estas ejecuciones le colocaron en primera línea como pugilador terrible, pero causaron mucho perjuicio á su consideración personal como miembro de la sociedad fraternal del Ring. A consecuencia de una de estas luchas fatales la asociación recurrió á las antiguas reglas, que quiso hacer mas humanas. Es seguro que sin este motivo Swift habría podido aspirar al honor de ejercer el campeonato (*championship*).

Diremos dos palabras sobre esta distinción que constituye como una dignidad. Desde principios del siglo XVIII, época en que el pugilato se hizo un arte, gracias á los cuidados de Figg, es costumbre otorgar al mas digno la cualidad de campeón de Inglaterra. Figg fué el primero que alcanzó ese título en 1719. Jorge Taylor le sucedió en esa dignidad en 1734, y luego el campeonato ha sido ejercido por los maestros mas ilustres, entre los cuales se cuentan Jack Broughton, considerado como el verdadero fundador del pugilato, y Mendoza, cuyo advenimiento en el Ring en 1795 inauguró una nueva era. En 1808 el título de campeón le tocó á Gully, pero este dió su dimisión, y pasó al famoso Tom Cribb. Los triunfos de este último le valieron, además de la dignidad de campeón, el homenaje de un cinturón, y mas tarde una copa.

Spring, que le sucedió, recibió cuatro copas de honor; este dió su dimisión, y hoy es dueño del establecimiento Castle Tavern (Holborn), donde se reune la sociedad del pugilato. Despues han seguido otros no menos famosos.

Concluiremos consignando aquí un hecho bien doloroso, y es que casi todos los hombres que se dedican al pugilato mueren en la flor de la edad, y la mayor

parte de ellos por consunción; únicamente Jackson y Mendoza llegaron á setenta años. Por término medio la vida de un pugilador no pasa de cuarenta años.

Boletín científico.

AZUFRAMIENTO DE LAS VIÑAS EN LA PROVINCIA DE BARCELONA. — Copia del informe sobre los resultados del azuframiento en esta provincia que la Academia de ciencias naturales de esta ciudad presentó en contestación al oficio que el Excelentísimo señor gobernador civil de esta provincia la dirigió á instancia de don Juan Dotti, agente general en España de los señores Onin y Franc, de París.

«Excmo. Sr.: Cumpliendo con el encargo que V. E. se ha servido hacernos, en su oficio de 18 de los corrientes, y á pesar de hallarnos tan adelantados en la estación, de modo que la cosecha del vino se está ya levantando, nos hemos dedicado á desempeñar aquel cometido del mejor modo que nos ha sido posible, teniendo la satisfacción de exponer á V. E. que el azufre es el mejor remedio que hemos visto aplicar para la curación del *oidium tuckeri*, que tantos estragos está haciendo á nuestros viñedos. Efectivamente, en los pocos puntos en que lo hemos visto aplicado con inteligencia y constancia, los resultados han sido magníficos; y si en otros en que ha sido ensayado, no ha producido resultados iguales, estamos convencidos de que provino de su aplicación tardía, hecha con mal método ó sin constancia. Vamos á citar á V. E. algunos ejemplos que hemos podido presenciar.

Primero. Una viña que tiene don Melchor Palau, de Mataró, al pié de la montaña de Montjuich, por el noroeste, debajo del almacen de la pólvora, la cual tiene veinte años de edad, ha sido completamente salvada, porque siguiendo los consejos del señor Cros, fabricante de productos químicos, se le dieron tres azufradas; una cuando los brotes ó retoños tenían tres dedos, otra al empezar la florescencia y la otra al empezar á envejar ó pintar los granos; y esto que en los sarmientos y en alguna uva hemos reconocido las señales del *oidium* que las había atacado; pero su curación y desarrollo fué tan completo, que la cosecha ha sido mayor aun de lo que podía esperarse en tiempos normales, manifestándolo ya el color verde oscuro de sus pámpanos y la frondosidad de las hojas. Esta viña tiene á su lado dos otras, la una á Norte y la otra al Sur, reunidas todas por un mismo cercado, bien que de propietarios diferentes, los cuales nada han cogido, presentando racimos á medio crecer, secos, y que tocándolos cascabeleaban, lo mismo que había sucedido á la viña de enmedio en los años anteriores: y es de notar, que dos filas de cada una de estas viñas, que el dueño de la otra hizo azufrar á sus costas, con permiso de sus dueños, por ser las mas inmediatas á la suya, que quería garantir mejor por este medio, han dado los racimos iguales á la de enmedio.

Segundo ejemplo. Las parras que tiene en su jardín en esta ciudad el señor don José Casals, habían perdido sus cosechas tres años seguidos, y al ver el dueño que ya se le iban perdiendo este año, á primeros de julio en que ya los vió muy atacados les dió por sí mismo una azufrada, y todas las uvas que aun no estaban abiertas se salvaron del todo, y otras curaron y crecieron aun un poco; y dándole á todas una segunda azufrada á primeros de agosto, tuvo el placer de enseñarnos el emparrado con unos racimos hermosísimos, de peso cada uno de algunas libras, debiendo añadir que al enseñarnos los sarmientos reconocimos que habían padecido.

Tercer ejemplo. Don Fernando Puig compró á primeros de mayo unas viñas detrás de la iglesia de San José de Gracia, en la pendiente sudeste del *Putzet*, montecillo que media con las casas de San Gervasio, y las encontró ya atacadas del *oidium*, que había echado á perder las tres cosechas anteriores; trató de reparar en lo posible el mal, aplicando el remedio del azufre, pero pensó hacerlo de diferentes maneras para ver el resultado de aquellos ensayos; y considerando la posesión dividida en tres partes, de alta, media y baja, abandonó la alta, porque era de cepas viejas que se determinó á arrancar y allí se ha cebado el *oidium*, no conociéndose ahora en las cepas ni un ramo verde. En la parte media dió una azufrada á fin de mayo, otra á fin de junio, y otra á fin de julio, despues de lo cual llovió abundantemente y no quiso repetir para ensayar, y el resultado ha sido que los racimos enfermos presentan muchas uvas salvadas, y algunos racimos perdidos aunque pocos; pero los sarmientos están bastante sanos, y las hojas tienen bastante buen aspecto, aunque no tan hermoso como los de la parte baja en la mitad que cae al Levante, en donde tres azufradas dadas en los tiempos indicados mas arriba han producido una cosecha riquísima, habiéndose vendido toda ella para racimos de plaza. Muy diferente ha sido la suerte de la mitad baja de Poniente, pues que habiéndola visto ya muy mala, solo le mandó dar una azufrada, y apenas ha habido algun grano sano, reconociéndose el efecto del azufre únicamente en algunos sarmientos y hojas que presentan un poco de verdor: hallándose en aquellos viñedos una escala de resultados del azuframiento, que deja la cuestión sin réplica, á saber:

Cepas no azufradas; pérdida hasta de las hojas.
Cepas con una azufrada; algun grano salvado, y algunos sarmientos verdes, pero amarillentos.
Cepas con dos azufradas; muchos racimos salvados, aunque con algun grano perdido, pero pocos perdidos del todo, y con los sarmientos buenos y hojas enteramente sanas, pero de un verde claro.

Cepas con tres azufradas; cosecha riquísima, sarmientos sanos y hojas frondosas y de color verde oscuro, habiendo sido vendidos todos los racimos en la plaza.

Estos ejemplos que han presenciado muchos viñateros vecinos, harán que en el año inmediato sean muchos los que azufren sus viñedos, lo cual ha de producir grandísimas ventajas,

si se logra que lo hagan á tiempo, con constancia y con inteligencia.

Lo adelantado de la cosecha, cuando recibimos de V. E. la comisión que nos ocupa, ha sido causa de que no podamos citar minuciosamente los buenos resultados obtenidos por varios cosecheros en otros países, que lo han ensayado con mas ó menos buen éxito en sus viñedos; con todo podemos citar algunos hechos curiosos y bastante especificados que han llegado á nuestro conocimiento. Será el primero el de don José Pellicer, de Porrera, en la provincia de Tarragona. Este rico é instruido propietario que tiene unos 200 jornales de viñas, ensayó el azufre en una cuarta parte de aquellos, es decir, en 50 jornales, y queriendo asegurarse llegó á darles hasta cuatro azufradas, en las que gastó á poca diferencia un quintal de azufre por jornal de viña, en lo cual podía haber hecho buenas economías segun él mismo ha confesado, habiendo obtenido 200 cargas de excelente vino á razon de cuatro cargas por jornal; y habiendo sido escasísima la cosecha en el resto de sus viñas, en el año próximo lo aplicará á todas sus cepas, regularizando los métodos, y haciendo los ahorros de que es susceptible la cosa. En los últimos tiempos de la cosecha ha tenido siempre ocupado un hijo suyo ó un criado para acompañar á los curiosos, que eran muchísimos en un país cuya casi única riqueza es el vino, y todos han prometido azufrar en el año inmediato.

En el término del Falset tambien hay alguno que azufró con buenos resultados: en Reus hizo lo propio don Francisco Plá. En esta provincia ensayaron con buen resultado: en Villanueva don José Vivó; en Granollers don Juan Torrent; en San Vicente de Llavaneras don Ignacio Comas; en Cabrera don Jaime Valenti; en Mollet don Félix Ferrant; en Molins de Rey un conocido por el apodo del *Sastre*; en el Palau, cerca de San Andrés de la Barca, otro que ya lo ha hecho dos años seguidos con muy buen éxito. En estos puntos ha habido quien lo ha hecho con buen método y ha obtenido resultados excelentes y otros que solo los han obtenido á medias, porque han pecado en algo; y en ellos y en otros pueblos los hay que han procurado ocultar criminalmente las buenas cosechas por la aplicación del azufre, á fin de que ellos pudiesen sacar mucho dinero de sus viñedos, mientras otros veían destruidas sus cosechas por causa de la terrible enfermedad, cuya curación conocían y ocultaban para dar cumplimiento á su refinado egoísmo.

No se crea empero que la Comisión esté en el concepto de que el azufre sea el único remedio contra el *oidium*, sino que dice que es el que ha obtenido ahora mejores resultados; asegura sí, que aplicado con buen método y constancia, sean cualesquiera las edades de las viñas y los terrenos en que están plantadas, por fuerza dará el azufre buenos resultados, mayores ó menores, habida razon de varias circunstancias locales que pueden haber contribuido á modificar ó perturbar la acción de aquel remedio heróico, en cuyos casos se necesita un estudio mas detenido de cada una de aquellas localidades, para vencer los obstáculos que se hayan presentado en cada una.

Tambien es menester tener presente, que el *oidium tuckery*, lo mismo que todas las enfermedades epidémicas, tiene sus altos y bajos, y puede que se haya cogido buenos y gruesos racimos en varias viñas sin la aplicación del azufre, ó porque aun no ha sido invadido aquel territorio, ó porque aunque en otros años lo hubiese sido, en este no se ha presentado con igual fuerza el mal. Lo que conviene es no dormirse en la confianza de que tal vez no se presentará, sino estar prevenidos y vigilantes, y al primer asomo de su aparición, acudir pronto con el azufre y seguir los métodos y consejos que esta Academia tendrá el gusto de proponer á V. E. para que se les dé con tiempo la debida publicidad, aconsejando desde luego á todos los que estén en la intención de aplicar el azufre en el año inmediato, que desde ahora poden bien y con regla sus cepas, y que les den este invierno las labores de costumbre, y las abonen bien, porque á un enfermo que no recibe alimentos y cuidados, poco ó ningun efecto le harán los remedios, si aun tal vez no aceleran su ruina que la inacción ó falta de alimento había ya preparado.

La Comisión se ve en el caso de llamar la atención de V. E. sobre el gran consumo de *azufre sublimado* que se hará, á fin de que con tiempo pueda proponer al gobierno superior lo que estime conveniente, para que no falte un artículo tan necesario, ni que tome unos precios fabulosos, como sería de temer, si de antemano no se tomasen las providencias oportunas.

Dios guarde á V. E. muchos años. — Barcelona setiembre de 1857. — José Antonio Llobet y Valloera. — Antonio Sanchez Comendador. — Fructuoso Plans y Pujol. — Es copia.

— **MEDICINA:** — Vamos á hablar del tratamiento especial de M. Fleury, médico del emperador de los franceses, para la curación de las calenturas intermitentes. Desde el mes de mayo de 1847 hasta el mes de octubre del año próximo pasado ha asistido á ciento catorce enfermos. «De estas ciento catorce calenturas, dice, cuarenta y tres eran recientes, y contaban de tres dias á tres meses de existencia; setenta y una eran antiguas y rebeldes. Todas las calenturas antiguas iban acompañadas, á diferentes grados, de la hinchazón del bazo ó del hígado, ó de estos dos órganos á la vez, de anemia, de astenia general, de un estado caquéctico mas ó menos grave; algunas iban complicadas de disentería, hematuria, escorbuto, albuminuria, alucinación, etc. Los ciento catorce enfermos atacados de calentura reciente ó inveterada y rebelde han sido curados con el empleo exclusivo de los chorros de agua fría, sin que haya llegado á mi noticia ni una sola recaída. Un solo chorro de agua fría ha bastado muchas veces, y nunca ha sido necesario mas de cinco. Cuando ha sido necesario administrar varios chorros, cada uno ha tenido por resultado el retardar el ataque próximo, haciéndolo al mismo tiempo mas corto y menos violento.»

«Esta acción perturbadora y antiperiódica no se ejerce sino administrando los chorros en un momento muy inmediato á la invasión del exceso febril ó bien cuando esta empieza.»

Ahora nos resta advertir que los chorros se han de proyectar sobre el hígado y el bazo. Los que quieran mas detalles, pueden consultar el tratado de hidroterapia del mismo Fleury.

— **EL FULMINATO DE MERCURIO:** — Esta sustancia que parece fué la que sirvió para el crimen del 14 de enero, es inodora, de un sabor estíptico y metálico; no tiene acción sobre los reactivos de color. Frotada ligeramente contra un cuerpo duro detona con violencia; así es que no se le puede tocar sino con un pedazo de carton ó de madera. Humedecido con cinco veces su volumen de agua, detona aun poniéndola entre dos hierros que se choquen, pero solamente se quema, y aun sin llama, la parte que ha recibido el golpe.

El fulminato de mercurio es una de las pólvoras mas destructoras que se conocen. Las armas mas sólidas no podrían resistir á su acción; ó reventarían al momento ó quedarían inútiles al poco tiempo de servir.

La detonación de la pólvora fulminante produce una acción tan violenta en el sitio donde tiene lugar, que todo cuidado será poco para aislar donde se fabrique, no solamente los talleres entre sí, sino tambien estos de las paredes exteriores. Una vez tuvo lugar una desgracia en cierta fábrica, y la pared limítrofe de la en que tuvo lugar la fulminación, fué arrojada á 20 metros de distancia. — Una cantidad como un grano de trigo de esta sustancia, detona como un cañonazo disparado en pieza de grueso calibre; y cuando esto tiene lugar en una habitación cerrada con cristales, se rompen todos en mil pedazos.

La combustión del fulminato de mercurio es mas rápida que la de la pólvora ordinaria; y se le emplea principalmente en la confección de los cebos fulminantes ó pistones. Con 110 gramos de esta sustancia (unas cuatro onzas) se confeccionan mil pistones para fusil y dos mil para escopeta.

Para probar la fuerza de expansión de esta sustancia se pueden hacer dos curiosos ensayos. Introdúzcase un taco en una escopeta descargada acompañándolo con la baqueta, pero sin atacarlo, póngase el pistón en la chimenea y dispárese, y saldrá el taco. Cébese una pistola cargada con su correspondiente pistón, apúntese á la llama de una vela, dispárese y se apagará la luz, si la boca del cañon estuviese bastante arrimada á la llama y se tomó bien la puntería.

El fulminato de mercurio resulta de la acción del nitrato ácido de mercurio sobre el alcohol. Se disuelven en un matraz de vidrio 735 gramos de mercurio en 8 kilogramos 810 gramos de ácido nítrico, para lo cual se eleva un poco la temperatura; la disolución, caliente aun, se divide en cinco partes, y cada una de ellas se mezcla á un volumen de alcohol igual á 33 por 100 que se coloca en un matraz de 10 á 12 litros de capacidad; pronto se eleva la temperatura de la mezcla, se desprenden torrentes de vapor espesos y pesados, y aparece un depósito cristalino de fulminato, que aumenta hasta el completo enfriamiento del líquido. Para hacer la pólvora fulminante se mezclan una parte y media de nitró y una de fulminato. Esta mezcla se ha de hacer estando húmedas las sustancias y con sumo cuidado, pues toda precaución es poca para evitar una horrible desgracia.

— **HORTICULTURA:** — Recientemente ha ocupado mucho á los horticultores un medio, no para curar los árboles de sus enfermedades, sino para ponerlos enfermos para sacar de ellos mejores ó mas pronto resultados. Nos referimos al sistema de apalear los árboles con el fin de aumentar sus productos. Parece que este procedimiento no es nuevo, como pretenden los que ahora lo preconizan, pues se encuentra ya indicado en un libro de jardinería del siglo XVI.

Sea de esto lo que fuere, lo que importa averiguar es si existe ó no un beneficio real en esta producción forzosa. Los resultados que se obtienen por este medio, sobrado energético, se explican fácilmente por las leyes de la fisiología vegetal. Un árbol demasiado vigoroso tiende á producir madera y hojas, y da fruto con dificultad. Si se disminuye su vigor por un medio cualquiera, se obtienen resultados contrarios; tal es el objeto de la poda y de las formas antinaturales que se imponen á los árboles frutales, cuyo efecto inmediato es contrariar su vegetación. Pero esta producción mas abundante de flores ó de frutos se obtiene á espensas de la salud del árbol, que vive menos tiempo y obliga á los horticultores á renovar mas á menudo sus plantaciones. Importa pues averiguar si hay verdadera compensación ó ventaja real en el sistema preconizado.

— **ARQUEOLOGIA:** — En una pequeña loma que domina la actual población del puerto de Tarragona, entre el fuerte real, la calle camino de Lérida, el convento de capuchinos y el corte vertical de la colina expresada, donde en tiempos antiguos batía el mar y que fué puerto de los romanos y de los árabes, hace poco ostentaban su robustez nueve bóvedas romanas colocadas en línea una al lado de otra. La multitud de paredes arruinadas y cimientos que cruzan en todas direcciones, y el inmenso número de fragmentos de ánforas, barro saguntino y tejas romanas que se hallan esparcidos por todos aquellos terrenos, había dado motivo á algunos, con poco fundamento, para creer que pertenecían dichas ruinas al *Mausoleo* ó cementerio romano, y á otros con mas probabilidad, á un templo de Neptuno; pero no cabe duda que fueron unos *termas* ó baños públicos. La empresa del gas ha comprado aquellos terrenos para construir su gasómetro, ha derribado ocho de las referidas bóvedas y con sus restos se están levantando las paredes del nuevo edificio.

Al practicar la grande excavación en donde debe colocarse la caldera del gasómetro, á 18 palmos de profundidad y en la superficie de la roca viva, se encontraron unos grandísimos sillares, cuya posición demostraba ser los cimientos de un grande edificio, y junto á uno de ellos descubrieron los peones una pequeña losa que tapaba herméticamente un hoyo abierto en la roca, el cual estaba lleno de una multitud de medallas del tamaño de un cuarto de nuestra moneda. Estas medallas han sido recogidas por el inspector de antigüedades de esta provincia, don Buenaventura Fernandez Sanahuja, que no ha perdido de vista nunca la excavación, las ha limpiado de una simple capa de óxido que las cubría, y las ha clasificado,

resultando ser del bajo imperio, pertenecientes á seis emperadores en esta forma: Graciano, que rigió el imperio hasta el año 383; Magno-Máximo, tirano, que hizo proclamarse en la Gran-Bretaña en el mismo año; Valentiniano Junior ó Segundo, sucesor de Graciano, gobernó hasta 392; Teodosio el Grande, que imperó en Oriente y Occidente hasta 395; en fin, Arcadio y Honorio, sus hijos, el primero fué emperador de Oriente hasta 404, y el segundo lo fué de Occidente hasta el 423 de nuestra era. Estos tres últimos y Magno-Máximo fueron españoles. Algunas de las referidas medallas parece que acaban de salir del cuño por su magnífica conservación; otras se conoce que habian circulado mucho y están muy rebajadas, pero es de creer que todas fueron colocadas de intento en aquel sitio sin duda para perpetuar la memoria de la ereccion del referido edificio.

Quizás pertenecia al mismo una lápida encontrada en esta ciudad que decia:

D. D. D. N. N. N. F. F. F. L. L. L.

THEODOSIO,
ARCADIO ET
HONORIO.

P. P. P. SEMPER AVGGG.
BONO-REIPVB-NATIS.

Los arqueólogos están discordes sobre si esta inscripcion pertenece á Italia ó á España, fundándose en que en Tarragona no se halla memoria de ningun otro emperador despues de Constantino Máximo: nos parece que el hallazgo de estas medallas, con las circunstancias expresadas, resuelve la cuestion, y demuestran que estos *termas* fueron levantados en vida del padre, pues que efectivamente no quedan memorias posteriores de los hijos ni de ningun otro emperador.

Tambien ha sido recogido por el mismo señor inspector en otras excavaciones un capitel jónico de la época romana, sumamente lindo y de forma muy elegante, y recargado de molduras, el cual, con un trozo de la caña que le correspondia, perteneciente al sumo scapo, ha sido trasladado al museo arqueológico.

Es tanto el número de objetos que incesantemente van entrando en el referido museo, que ya en la actualidad llenan el grandioso local que para este objeto se destinó en el ex-convento de Santo Domingo; de manera que ha sido preciso pedir á la diputacion provincial otra sala contigua para ir colocando así los que están acumulados, como los que entran de nuevo.

Hace unos dias que han llegado y sido depositados en el museo los curiosos objetos que el mismo señor Hernandez recogió en Santas Cruces cuando en noviembre último estuvo en aquel regio monasterio para restaurar el célebre panteon gótico de don Jaime I de Aragon, que amenazaba arruinarse: son notables entre estos objetos unos azulejos con inscripciones góticas, que pertenecian al palacio que este monarca habia erigido dentro del monasterio: una hermosa lápida de mármol blanco de 30 centímetros por 27, con una inscripcion compuesta de caracteres romano-bizantinos y góticos, con multitud de extraños nexos y abreviaturas, que puestos en claro dicen:

DE CASTELLETO—BERTRANDVS-STARE-VIDETO

LECTOR ET IN CHRISTO—TVMULO-DORMIRE-SVB-ISTO

DICAR-PATER-NOSTER—VT-DEVS-PARCAT-SIBI-NOSTER

IV-IDVS-AUGVSTI-ANNO-DOMINI

MCCLV-OBIIT-BERTRAN-

DVS-DE-CASTELLETO.

Es de notar que este Bertran de Castellet era hijo de otro Bertran de Castellet, al cual el arzobispo de Tarragona, don Bernardo Tort, en 5 de junio de 1154, le habia dado á poblar la actual ciudad de Reus, que entonces era todo un villorrio. Además hay dos adargas ó escudos de madera muy carcomidos, cubiertos de cuero, con pinturas que casi han desaparecido. El uno pertenecia á don Ramon de Cervelló, el cual, conduciendo su hueste contra los moros, cayó en una emboscada que estos le prepararon: llegando esta ocurrencia á noticia de su esposa doña Guillerma de Moncada, reunió todos los vasallos que pudo, y armada de punta en blanco, sorprendió á los sarracenos, causándoles gran destrozo; el segundo escudo fué el que usó esta heroína al verificar tal hazaña. Ambos escudos estaban antes de 1835 colgados en dos columnas del templo de Santas Cruces, y debajo de ellos se veian dos grandes cuadros, representando el uno á don Ramon en el acto de ser sorprendido, y el otro á la valerosa consorte acuchillando moros: ambos cuadros desaparecieron entonces, y del mismo modo hubiesen desaparecido por fin los escudos, á no recogerlos el señor Hernandez.

En los claustros del referido monasterio se halla, entre otros, el magnífico sepulcro de doña Guillerma, conocido por el de la *invieta amazona*, en cuyo frente hay de medio relieve la estatua ecuestre de aquella ilustre dama, completamente armada, y á los dos costados del mismo las armas de su familia, exactas á las que se ven en los escudos. Doña Guillerma fué madre de don Guillen de Moncada, vizconde de Bearu, y segun las crónicas del convento, fué sepultada aquella en el año 1226.

Filosofía.

LEY DE RELACION INTERNA DE LAS CIENCIAS FILOSÓFICAS.

(Continuacion.)

Basta á mi propósito estudiar el conocimiento que comprende á mi mismo, lo opuesto á mí y la relacion entre ambos. Yo me conozco como espíritu, como cuer-

po y como hombre. Pero conociéndome como espíritu, distingo de mi individualidad espiritual la idea de mi espíritu finito en generalidad, que yo no he creado, puesto que solo puedo realizarla en parte en mi espíritu individual. Concibo así la existencia de otros espíritus, que se realizan en individuo como yo mismo, y por lo tanto la de un mundo espiritual. Bajo la relacion de cuerpo, concibo el mundo físico; y como cuerpo unido con espíritu, concibo la humanidad, compuesta del espíritu y de la naturaleza.

Hemos caminado hasta aquí en la region de lo finito. Reconociéndonos en pura reflexion y percepcion interior como sugeto uno, idéntico, entero; sobre todas sus partes y en la variedad y relacion omnilateral de estas partes y propiedades bajo la unidad é identidad de nosotros mismos, hallamos al extremo de este nuestro mundo interior, limitacion y finitud de todos lados, en otros individuos semejantes al nuestro é influentes en él, en otros cuerpos que penetran en nosotros mediante los sentidos, en la idea de un reino y mundo espiritual, que á todos nos sujeta con leyes comunes de razon, en la idea de una naturaleza y mundo físico que abraza y atrae y liga nuestros cuerpos con leyes comunes naturales. Y este espíritu y esta naturaleza, infinitos como los concebimos cada uno en su género y á su modo, son relativamente uno á otro finitos, limitados y de opuesto carácter, libre, espontáneo todo lo espiritual; ligado, solidario todo lo natural. Pero verdaderos para nosotros lo son igualmente el mundo espiritual y el natural; la verdad y la ciencia no son espíritu ni son cuerpo, sino la conformidad de nuestro conocimiento con la realidad. Y puesto que nuestra primera pregunta, y ahora la última, versa sobre el fundamento de la verdad objetiva que atribuimos á nuestra ciencia, la cual sin este fundamento seria edificio sobre arena, no hemos llegado al término de nuestro camino, aunque hayamos dado algunos pasos.

Porque fundado debe ser, á no dudar, el espíritu y el mundo espiritual, como finito respecto á la naturaleza, y esta asimismo respecto al espíritu, y fundada debe ser por lo tanto nuestra ciencia acerca del espíritu y la naturaleza y de nosotros mismos, como individuos naturales y espirituales juntamente. Y pues nosotros aplicamos con indeclinable y absoluta exigencia esta relacion del fundamento y razon bastante, al mundo exterior como á nosotros mismos, en una palabra, á todo lo finito que contemplan nuestros ojos ó percibe nuestra conciencia ó concibe nuestra razon, expresamos nosotros y reflejamos, en la autoridad positiva, universal, absoluta, con que aplicamos la ley del fundamento á toda realidad finita y á nosotros mismos y á nuestra ciencia, el término superior de esta relacion, el infinito absoluto con tan inmediata y positiva expresion, como la luz se refleja en el sol, en el calor el fuego, en la salud la vida, en la ciencia la verdad.

En-el concepto que encierra esta idea relativa y relacion suprema, positiva, universal, absoluta del fundamento y razon suficiente, que es la piedra angular de toda ciencia, encontramos el hilo conductor que, elevándonos del conocimiento de nosotros mismos y de todo lo finito al conocimiento de Dios, como el término supremo de esta relacion, anuda y funda la ciencia de lo finito en la ciencia de lo infinito absoluto.

Resulta de esta indagacion analítica, que una ciencia real es posible, y podemos caminar iluminados por este principio, procediendo bajo la ley del conocimiento de Dios, habiéndose ya transformado el criterio primero — « como yo mismo — tan verdad como yo mismo » — en el criterio real — « como Dios es Dios — tan verdad como Dios. »

Reconocido el principio de la ciencia y la razon última de todo conocimiento y de toda realidad, cumple presentar la idea de este principio. El principio de la ciencia es el ser, uno infinito, absoluto y absolutamente positivo, que nada supone y que contiene en sí todas las relaciones posibles. El principio no puede ser conocido bajo ninguna forma particular de conocer, sino que todas las formas particulares del conocimiento se encuentran en él, por lo que, el conocimiento del principio es el conocimiento absoluto que da fundamento, verdad, determinacion á todos los géneros de conocimiento. Solo no reconociendo al ser como infinito y absoluto, y desconociendo la idea de fundamento, es posible preguntar si el ser tiene verdad objetiva fuera de nosotros, puesto que se pregunta por el interior y exterior de una idea, que abraza esencialmente todo lo que existe, negando así el objeto mismo de la pregunta (1).

(1) En este grado y punto de transicion entre la induccion y la deducion filosófica hemos de juzgar los sistemas filosóficos y medir su valor relativo. Sócrates, Platon y Aristóteles traen á este grado supremo de la induccion la consideracion general del mundo, con mejor sentido que rigor y gradacion sistemática y comprensiva de pensamiento. Zenon y los estoicos no edifican ni adelantan, antes atrasan en este camino. Los orientales y los nuevo-platónicos lo abrevian y precipitan, sustituyendo al procedimiento de la razon reflexiva, gradual, circumspecta, una intuicion individual, mezclada de exaltacion mística, que degenera aquí, como donde quiera, en iluminismo y en groseros errores. Puro, sublime, fecundo se manifiesta en este grado de la induccion el espíritu filosófico de los Padres y Doctores cristianos, aunque limitado al mundo interior de la conciencia, y apoyado en la fe ó en las ideas ontológicas, mas que comprensivo y racional, sistemático. Aroman y se agitan en confusa mezcla, durante el primer periodo del renacimiento, el misticismo y la teosofía con el naturalismo y con el racionalismo de Platon y Aristóteles, no sin vivos presentimientos de una reedificacion filosófica que comienzan sistemáticamente, aunque no la continúan ni completan, Descartes ni Leibnitz. Kant fija con ojo penetrante la verdadera dificultad de la gran cuestion; pero rompiendo la unidad de la ciencia, encomienda la

La existencia del ser, principio absoluto de todo conocimiento, es la razon de toda existencia; es la condicion de la existencia del Yo y del mundo y de su relacion, y por lo tanto, de nuestro conocimiento del mundo. Es la razon de lo exterior á mí mismo, y por consecuencia de todo conocimiento trascendental, y por lo tanto del conocimiento mismo que tenemos del ser y de la facultad de considerarlo como la razon del Yo y de su conocimiento. Es finalmente la razon del conocimiento de los objetos y de los seres individuales fuera de nosotros. Es, en efecto, el principio de la ciencia, la razon del mundo físico y del mundo espiritual y de su union, y la razon de la union de un cuerpo individual con un espíritu individual, union que constituye al hombre.

Separándonos del camino seguido por la mayoría de filósofos que han intentado fundar el principio de la ciencia, hemos llegado á él, entrando en nosotros mismos, hasta que la idea de fundamento nos ha ofrecido el principio buscado, elevándonos al ápice de la ciencia, que es asimismo la cumbre de la realidad, desde donde podemos ya objetiva y realmente establecer la division de las ciencias, reconociendo la ley orgánica que las hermana.

El conocimiento del ser en las ciencias ó propiedades primeras, simples, fundamentales que esta idea encierra, constituye la ontología. Así, preguntando qué es el ser, hallamos que el ser es sugeto de su esencia, de su realidad, por la cual se define el ser, aunque se distinga de ella, como el sugeto de su propiedad. La esencia asimismo la concebimos inmediatamente como una, en unidad de esencia, no de forma ó de número, aunque la unidad esencial funda la unidad formal. La unidad esencial se determina inmediatamente en una dualidad, puesto que la esencia como real y positiva es reconocida, de un lado, como propia de sí misma, absoluta; de otro lado, como entera y toda; siendo bajo el primer aspecto relativa á sí misma, y bajo el segundo comprensiva de sí misma. Pero la unidad de la esencia no se divide ni destruye por esta primitiva dualidad, aunque se determina en ella; queda por lo tanto real y verdadera unidad sobre esta distincion de la propiedad y de la totalidad, y queda como tal unidad subsistente y superior con tal fuerza, que reúne las opuestas propiedades antedichas de la suidad y de la integridad ó totalidad, segun lo cual la esencia del ser, siendo una, es enteramente absoluta y absolutamente entera, y el ser es infinito-absoluto juntamente. En estas primeras y simplicísimas esencias reales, que basta haber indicado para mostrar el objeto de la ontología, se fundan inmediatamente las restantes categorías ó *ecuaciones* ontológicas: las formales, á saber, la posicion, la oposicion, la composicion; las modales, á saber, la existencia, la eternidad, la temporalidad y su compuesto la vida; y las categorías compuestas, la de fundamento y causa, la de analogía, la de condicion y reciprocidad, y demás que se deducen con necesidad lógica del concepto positivo, absoluto, el ser, y sin las cuales no pensamos esta suprema idea de la razon en su absoluta verdad objetiva (1).

solucion á la razon práctica. Fichte procura restablecer la unidad de la filosofía en la razon teórica; pero confunde con induccion precipitada el conocimiento del Yo con el conocimiento de Dios en el espíritu, y se vió obligado á reformarse á sí mismo mas de una vez, degenerando hácia el fin del conocimiento racional, en la intuicion mística. Schelling, apoyándose en la *Doctrina de la ciencia* de Fichte y Hegel, olvidan ambos igualmente la preparacion é induccion del espíritu, desde el conocimiento propio al conocimiento de Dios, cuanto mas que Hegel supone el conocimiento del absoluto alcanzado mediante una abstraccion negativa, que termina en un abismo racional, y que ha dado ocasion á la doctrina de algunos sofistas modernos, que toda idea trascendental, y la de Dios por lo tanto, es una objetivacion que nuestro espíritu hace de sus propias ideas: sofista condenado á la vez por la sana razon y por la recta razon sistemática. No desacreditan á la filosofía estos pecados contra la razon, como no desacreditan la doctrina moral los pecados contra la conciencia.

(1) Es la ontología y la tabla de las categorías la piedra de toque de todo sistema filosófico. En la manera de expresarse un filósofo sobre este punto, nos revela el camino que ha traído en la induccion, y nos señala de antemano el camino que seguirá en la deducion. Volvamos un momento la vista atrás. Presentimientos vivos y ensayos, aunque imperfectos é irregulares, de un sistema de las categorías, hallamos en los sistemas de la India, señaladamente en el sistema Nyaya. Pitágoras, ó mas bien sus discípulos, proyectaron una verdadera tabla de categorías, en forma de diez oposiciones superiores, á saber: el limite, lo limitado; el número par, el impar; el singular, el plural; lo derecho, lo torcido; lo masculino, lo femenino; el reposo, el movimiento; la linea recta, la linea curva; la luz, la oscuridad; el bien, el mal; el cuadrado, el cuadrángulo. Aristóteles propone bajo el nombre de predicados simples en los juicios, las diez categorías siguientes: esencia, cualidad, cantidad, relacion, accion, pasion, tiempo, lugar, posicion, hábito; sin contar los llamados *post predicamenta*. En los estoicos se oscurece y mengua esta parte superior de la filosofía, reduciéndose las categorías á cuatro términos ó ideas fundamentales mal definidas: fundamento, cualidad, relacion, reciprocidad. Nada nuevo ni especial encontramos en las épocas siguientes filosóficas, sino es la absorcion de unas categorías por otras en los nuevos platónicos, y la estima parcial y casi exclusiva de unas categorías con olvido de las otras, por los escolásticos, agudos pensadores por lo demás, y hábiles en la deducion de algunas categorías. Entre los modernos, Kant distingue las categorías de los juicios en cuatro principales, subordinando otras tres á cada una, á saber: la cuantidad (unidad, pluralidad, totalidad); cualidad (realidad, negacion, limitacion); relacion (de sustancia á accidencia, de causalidad á dependencia, de reciprocidad ó mutuo influjo); modalidad (posibilidad é imposibilidad, existencia y no existencia, necesidad y causalidad). — Schelling, aunque parte de las categorías de Kant, las suprime luego casi enteramente bajo lo que él llama los dos polos del absoluto, la naturaleza y la inteligencia, á los cuales subordina

La relacion intima del ser á todos sus atributos constituye la personalidad divina, que resume para Dios su ser entero. Solo para sí, es Dios de una manera infinita y absoluta, y la personalidad divina no es ni limitada ni condicional, como la de los seres finitos, que son imágenes suyas imperfectas.

Tocamos en el último confin de la ontología, y la personalidad divina nos lleva á la teología racional, que es el conocimiento del ser infinito y absoluto como ser supremo, y de los objetos superiores, que nuestro espíritu conoce como subordinados y dependientes del ser supremo.

Dios es el ser eterno, y las propiedades que hemos conocido en la ontología llevan el sello de la eternidad. Lo eterno está sobre la variedad interior del tiempo, que llamamos sucesion y duracion, y la comprende en un puro presente como lo infinito está sobre lo finito y lo comprende. Dios es eterno en su esencia y en sus propiedades, y es la eternidad la fuente de las leyes eternas, inmutables que rigen la existencia finita. — Dios es necesario, porque es eterno y es todo lo que puede ser en su naturaleza eterna, en el organismo absoluto de su existencia. Es el poder absoluto, que se realiza en una pura actualidad y en una plena efectividad.

Dios es la vida, infinita, absoluta, siempre presente, siempre actual, donde la sucesion de estados y manifestaciones sobre el fondo de una identidad permanente, que el concepto de vida encierra, es íntima y está penetrada y concertada de todo en todo por la identidad, igualdad y permanencia de la vida divina, mientras en los seres finitos es esta relacion imperfecta, en parte excéntrica y exterior. Y Dios, como ser supremo, como persona y como providencia, penetra el mundo con su vida, está en relacion superior de vida con el universo, y está presente en el desenvolvimiento de vida de todos los seres finitos, aunque su vida propia ni es ni puede ser absorbida en la vida del mundo.

Dios es el ser que en su existencia supraesencial determina sin cesar la eternidad para que entre en el dominio de la vida. Dios domina la eternidad y la vida, porque lo que es eterno no pasa á la vida; y presupone por lo tanto un principio superior que la determina á entrar en la vida, porque lo eterno no se actualiza en el tiempo, sino en virtud de un principio superior

luego tres potencias: la de reflexion (determinacion de lo infinito en lo finito): la de subjuncion (reaccion de lo finito en lo infinito): la de razon (identidad de las oposiciones). — Hegel, partiendo tambien de las categorías de Kant, pretende fundarlas en la ontología (ó segun él, en la lógica trascendental), y modificarlas en puntos esenciales. Basta indicar algunas de sus categorías que forman la estructura elemental de su lógica. El ser y el no ser, intermediado por el suceder, cuyo producto es la efectividad actual en que se expresa el ser y el no ser. Lo finito es el ser, junto con la negacion, la cual en lo finito es el límite, y da á lo finito la determinacion. El ser finito determinado lo llamamos existente-existencia. El límite de la existencia es lo otro, determinado como algo, tal y cual, ó algo concreto. La determinacion bajo que alguna cosa es concreta, se llama cualidad. Lo finito concreto es tal, en cuanto puede ser mas de lo que es indefinidamente; es decir, que el limitador de lo finito es lo infinito: y á esta primera concepcion de lo infinito, hallada por relacion á lo finito, sigue, segun Hegel, el verdadero concepto del infinito, á saber: la negacion de la negacion, ó la absoluta afirmacion. Este infinito, que es, no relativo á lo finito, sino absoluto en sí y absolutamente positivo, lo llama el ser en sí y para sí, el ser que es sugeto juntamente. (Véase para mayor claridad la *Historia del desenvolvimiento de la filosofía alemana* por Michelet: Berlin 1843). No cabe aquí formar un juicio de estos diversos ensayos: basta compararlos con el principio y primeras deducciones de las categorías expuestas en el texto.

de determinacion. — Donde quiera que encontremos leyes eternas, debemos admitir un ser que determine sus efectos; porque de otra suerte caeriamos en el absurdo de divinizar estas leyes, creando divinidades fantásticas, ídolos, que arrojan de su alto asiento al Dios único, que es fuente de toda ley.

Dios es, por lo tanto, infinita y absolutamente libre. La libertad es la forma superior de la accion divina, el modo de realizacion de las leyes eternas de la vida. No es, por lo tanto, la libertad divina la facultad de separarse de toda ley, sino la facultad infinita y absoluta de realizar la ley en cada momento de la duracion. Así Dios quiere el bien, la justicia, el orden y la armonía, porque estas cualidades son la expresion de su ser mismo, y no puede querer el mal, el error y el desorden, que

así las dos ciencias del espíritu y de la naturaleza, de las cuales la primera, la psicología, es la ciencia del espíritu y sus propiedades, como análogo al ser infinito y absoluto, como infinito en su género, pero finito respecto al ser infinito y absoluto.

El espíritu es un ser subsistente en sí y por sí como personalidad, y encontramos en el mundo espiritual la sustancialidad propia. Cada espíritu tiene una propiedad libre, espontánea, en sí mismo, y por sí mismo. Todos sus pensamientos y todos sus sentimientos, como sus deseos, son suyos, dimanen de él y reflejan su propia personalidad. Piensa lo que quiere: interrumpe ó continúa la serie de sus conocimientos: crea con entera independencia, y fuera de las leyes de la naturaleza, un mundo de representaciones en su fantasia: cambia el curso de sus afectos, la direccion de su voluntad: modifica su carácter, y comienza á cada momento vida nueva. La psicología entraña este estudio.

Pasando al estudio del espíritu en su interior, en sus facultades, de donde se derivan sus diferentes géneros de actividad, vemos que las facultades no absorben el ser entero del espíritu, sino que cada una representa una faz de su vida interior. Llamamos *facultad* á la causalidad general de un ser viviente, que es la fuente comun de una serie de actos particulares. Considerando los diferentes modos de intimidad del espíritu, reconocemos los caracteres con que distintamente se ofrecen, el conocimiento, el sentimiento y la voluntad propia; y encontramos, como correspondiendo á estas facultades y como sus estados, el pensamiento, el sentimiento y la voluntad. El espíritu en su pensamiento comprende todas las cosas; en su actividad las distingue y analiza, para adquirir un conocimiento verdadero y cierto. El conocimiento funda la ciencia de la lógica, dentro de la ciencia general y psicológica, en la que el espíritu general y racionalmente aspira á la verdad, comprende el principio propio de conocer en los estados de imaginacion, reflexion y razon.

La reflexion es asimismo un grado de aplicacion, y parte en sus operaciones de la variedad, y despues de haber analizado, comprende los caracteres fundamentales y puede considerarse como la facultad de analizar y abstraer. En el estado actual de la ciencia (en la sociedad), debemos cuidar con particular esmero de la reflexion que funda la ciencia lógica pro-

piamente tal, para evitar los males sin cuento que ha sembrado en el campo de la filosofía y de la vida, una falsa concepcion de la lógica (1).

(1) Hace dos mil años que solo se enseña en las escuelas á formar nociones abstractas, que descansan sobre comparaciones mas ó menos superficiales. Bacon sacudió el primero el despotismo de la lógica formal escolástica: «La lógica ordinaria es inútil para la invencion científica: muestra cuando mas los errores en las nociones ya conocidas; pero nada ayuda para la indagacion de la verdad, y daña por lo tanto mas que aprovecha.» (Nov. org., Afor. XI, XII). Servicio mas positivo y directo que Bacon ha hecho Descartes á la lógica, mediante su discurso sobre el método y las cuatro reglas principales para el recto uso del pensamiento. Locke adelanta un paso mas enlazando el estudio de la lógica, el de la metafísica y la psicología, aunque con relaciones poco precisas y en parte erradas, y desenvolviendo observaciones interesantes acerca de las ideas simples, del uso de las palabras, de los grados del conocimiento y de fuentes de error. Kant enlaza sistemáticamente la lógica á la metafísica mediante las categorías de los juicios; pero sin contar la confusion frecuente que encontramos en este reformador entre la metafísica y la lógica, falta mucho para que su *Metodología trascendental* merezca el nombre de una lógica sistemática.

(Se continuará.)

F. DE P. CANALEJAS.



Lord Derby, jefe del nuevo ministerio inglés.

acusar en los seres finitos una falta de poder y de libertad, que nunca podemos suponer en Dios.

La teología racional, que no cabe dentro de la doctrina panteísta, considera á Dios, no como una sustancia que se desenvuelve pasivamente siguiendo las leyes necesarias de la naturaleza, sino como el ser y el principio que determina las leyes y en el que se fundan en su esencia y naturaleza, aplicándolas en el tiempo y en la vida á todos los órdenes de la existencia.

De la realidad absolutamente positiva del ser infinito absoluto se deduce la realidad positiva, sustantiva, propia de los seres, tan reales y sustantivos como en el concepto de realidad cabe, aunque finitos y limitados: siendo una contradiccion palmaria y capital del panteísmo conocer una sustancia, con una unidad solitaria ó impotente. Pero estos seres, tan reales, aunque finitos, como el ser infinito absoluto, expresan en su carácter propio, aunque de una manera finita, las esencias del ser infinito absoluto. Así, y conforme á la deduccion, observamos el espíritu caracterizado por la propiedad predominante de lo absoluto ó de la libertad, y al cuerpo y la naturaleza caracterizados por la propiedad predominante de la totalidad y la solidariedad, fundando